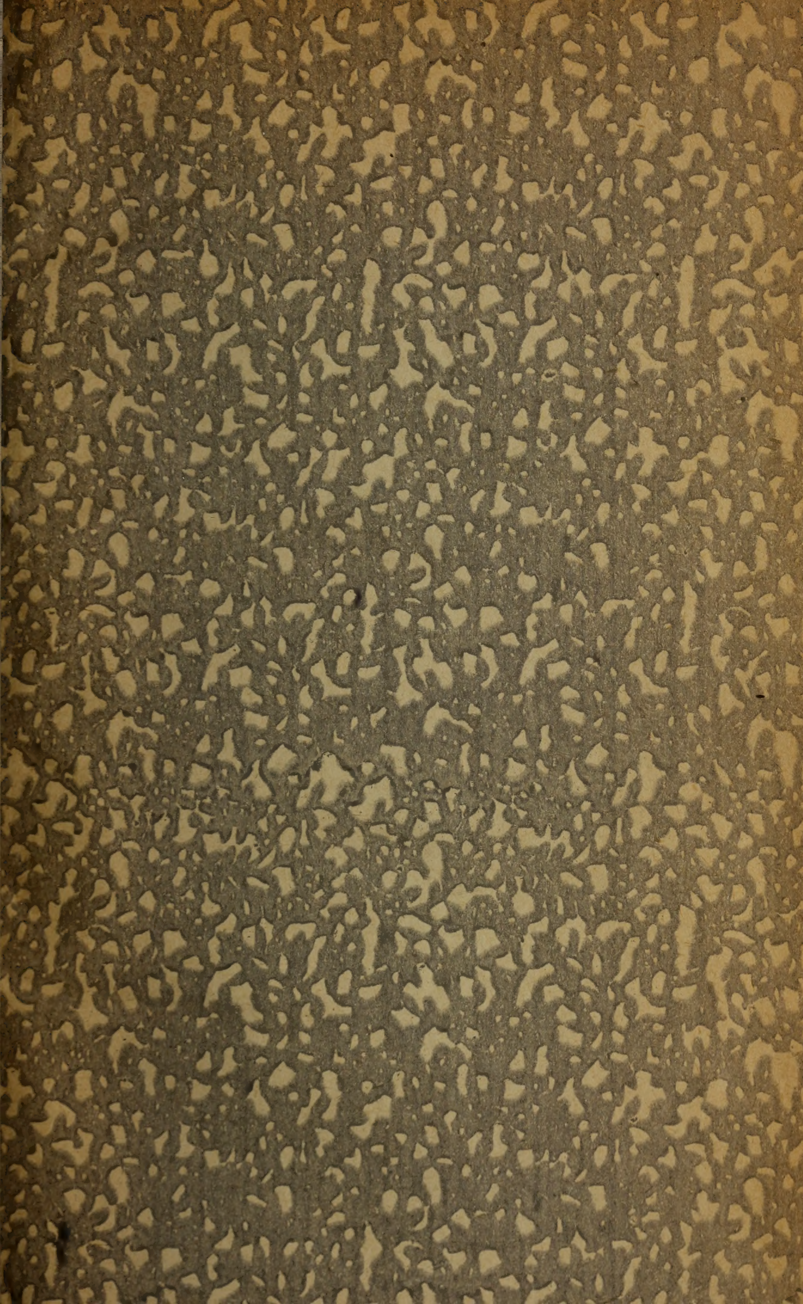

3 1761 09545027 6





# COBARDÍAS

S. L. de Artes Gráficas.—Cartagena-Madrid.

MANUEL LINARES RIVAS

# COBARDÍAS

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Lara el 15 de Enero de 1919

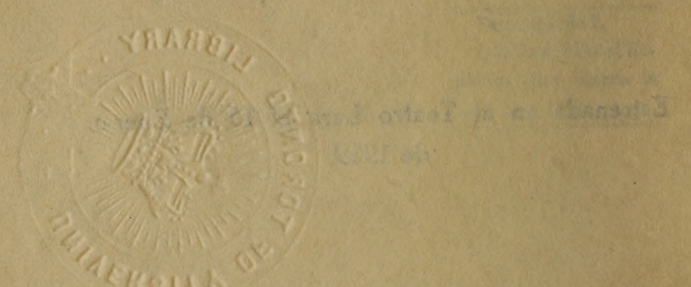







BIBLIOTECA HISPANIA

CID, 4.—MADRID



# PARA ELISITA LINARES RIVAS

*Hace mucho tiempo que tenía el deseo de dedicarte una comedia, pero ninguna me dejaba lo bastante satisfecho para considerarla digna de ti. Aunque el éxito las acompañara, me parecía siempre que alguna idea o alguna frase no era merecedora de unirse con tu nombre, con tu edad y con tu cándida juventud.*

*Pero al fin, en esta comedia de hoy, creo hallar lo que buscaba. Es una obra sana, leal y con tendencia al verdadero honor y a la verdadera honradez.*

*Cuando mañana la vuelvas a leer, conocedora ya un poco de la vida, me figuro que no hallarás ninguna palabra que hiera tu vista, ni concepto alguno que tú misma no consideres justo. En este convencimiento te dedica esta obra tu*

PADRE.

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
| --- | --- |
| *Cecilia Monterroso* (30 años) | María Palou. |
| *D.ª Matilde Urbieta de Monterroso* (50 íd.) | Leocadia Alba. |
| *Teresa Monterroso* (32 ídem.) | Isabel Faure. |
| *Nunú* (55 ídem.) | Virginia Alverá |
| *Juana* | Pilar Fernán Rubio |
| *Joaquín Figueredo* (50 ídem, buenos.) | Emilio Thuillier. |
| *Pepinín Alfiel* (55 ídem, aún mejores.) | José Isbert. |
| *Luquitas Monterroso* (28 ídem.) | Luis Manrique. |

ÉPOCA ACTUAL—LA ACCIÓN EN MADRID

DERECHA E IZQUIERDA, LA DEL ACTOR

# ACTO PRIMERO

Una salita relativamente modesta pero con buenos muebles antiguos, retratos y cuadros. Es de día, por la tarde, en Octubre.

## ESCENA PRIMERA

Doña Matilde, sentada, con la costura en las rodillas, pero abstraída. *(Pausa.)* Nunú, por la derecha.

Nunú.—¿Qué hace, señora? Coser no cose, que están las puntadas quietas en el mismo sitio.

Doña Mat.—Ando a vueltas con las cabilaciones, Nunú.

Nunú.—¡No le envidio esa labor! Y a usted misma puede que le valiera más trajinar en otra.

Doña Mat.—De fijo que sí, pero el deseo no me vale.

Nunú.—La verdad es que mucha suerte no tienen. ¡Quien los ha visto en aquel palacio, con aquellos tonos, aquel visiteo de señores y aquel

servicio de criados, que todos éramos franceses hasta los españoles!...

DOÑA MAT.—Tú no lo eras...

NUNÚ.—¡A ver si no! Me buscaron de ama y me quedé de Nunú, que más afrancesado ya no lo hay... ¡y quien los ve ahora en esta casita sin una amistad y sólo con dos muchachas para servir!...

DOÑA MAT.—Una.

NUNÚ.—¡Dos! Yo también lo soy... y a mucha honra.

DOÑA MAT —Tú ni siquiera cobras...

NUNÚ.—Ya me lo pagarán cuando puedan... pero hoy ¿para qué lo necesito? ¿Para vivir? ya vivo. ¿Para lujos? quizás sea un bien a mi alma el que no los tenga. Y en cambio así me aprecian más...

DOÑA MAT.—¡Mucho! ¡Ya lo sabes! Que si no fuera por ti, bastante peor nos hallaríamos. Mal quedamos al morir mi marido, pero con perder el pleito se fué todo río abajo .. ¡y gracias todavía a que se salvaron unos cien duros mensuales, con los que hacemos el prodigio de vivir decorosamente!

NUNÚ.—No se queje, señora, no se queje. Tiene una hija... ¡que es un consuelo de buena y

de formal! Otra, Teresa, ya casada, medianamente, pero, en fin, con un buen hombre, y que la quiere.

DOÑA MAT.—¡Verdad!

NUNÚ.—Y un hijo... que no es malo...

DOÑA MAT.—Ni es bueno...

NUNÚ.—¡Que le andan grillos por la cabeza y no quiere convencerse de que aquellos duques y aquellos condes que eran sus tíos y sus primos en los buenos tiempos, ahora no son nada!

DOÑA MAT.—Ni falta que hacen.

NUNÚ.—¡Ninguna!

DOÑA MAT.—Ninguna. Estos porrazos de la vida, lo primero que enseñan es a vivir...

NUNÚ.—Pues sabiendo eso ya lo sabe todo.

DOÑA MAT.—Lo que sí te aseguro es que al quitarme vestidos y joyas, al quitarme esas vanidades de fuera, me quitaron muchas vanidades de dentro...

NUNÚ.—Y entonces ¿por qué cavila tanto?

DOÑA MAT.—Por Cecilia y por Lucas. Me duele que ella no triunfe... y me duele que él no nos ampare...

NUNÚ.—En las dos cosas tiene razón. Siendo por los hijos, cavile, cavile...

(*Mutis por la derecha.*)

DOÑA MAT.—¿Llevaste la contestación?

NUNÚ.—*(Desde la puerta.)*—¿Al señor de Figueredo? Sí, señora. Que muchísimas gracias y que vendrá luego a saludarlas.

(*Mutis.*)

## ESCENA II

DOÑA MATILDE. *(Una pausa.)* LUCAS, por la izquierda.

LUCAS.—Mamá... ¿has enviado los cinco duros a la marquesa del Roy?

DOÑA MAT.—No pude...

LUCAS.—Pues te dije que hicieras el favor de mandarlos.

DOÑA MAT.—Sí lo has dicho, sí... pero no pude ayer ni podré hoy.

LUCAS.—Y entonces ¿cómo voy a quedar yo? ¿No comprendes que la función es el veintidós, y que se deben pagar antes las butacas que me mandaron?

DOÑA MAT.—Sí lo comprendo, sí... Tú eres el que no acabas de comprender la situación nuestra.

LUCAS.—Sermones no, mamaíta, que son muy cursis.

DOÑA MAT.—Muy cursis, lo reconozco. Y me

figuro que hasta los retratos de los bisabuelos han de temblar de ira y de sonrojo cuando nos oigan discutir por la miseria de unos céntimos... ¡me lo figuro perfectamente! pero yo quiero que tú me digas de qué manera se gasta lo que no hay o de dónde saco lo que no tengo.

LUCAS.—(*Zalamero.*)—No te apures, tirana. Ya vendrán los días buenos.

DOÑA MAT.—¿Cuándo, Lucas?

LUCAS.—Cuando me case.

DOÑA MAT.—¿Con quién?

LUCAS.—Precisamente para buscarla necesito ir a sociedad, vestirme siquiera regular y gastar unos duros en esas exigencias imperiosas. ¿Qué menos, mamá?

DOÑA MAT.—Tienes razón. Tú lo necesitas... pero nosotras no lo tenemos y tú no lo ganas ni has pensado jamás en ello...

LUCAS.—¿Voy a ponerme a un oficio? ¿Voy a buscar un empleo de seis mil reales, que no serviría de nada y además nos rebajaría socialmente?

DOÑA MAT.—A ti te rebaja todo, Lucas.

LUCAS.—Ya sé por dónde respiras, ya. ¿Pero cómo pensabas que fuera posible casarme con aquella niña cursilona y emparentar

con aquella familia de zafios y de roñosos?

DOÑA MAT.—Pues las otras, las que reunen fortuna y linaje, no están para ti, Luquitas.

LUCAS.—¡No sé por qué!

DOÑA MAT.—Preferible es que lo ignores si tu vanidad padece con ello... ¡pero el tiempo se va, la situación no cambia, yo desconozco lo que es un traje nuevo desde hace diez años que enviudé, y tu pobre hermana Cecilia pone volantes nuevos a las faldas viejas!

LUCAS.—Por tiempo no desconfíes. Un Monterroso, un Ubierna, se casa cuando quiere.

DOÑA MAT.—¿Pero tú no quieres?

LUCAS.—Sí, mamá.

DOÑA MAT.—¿Y no te casas? Entonces es que no puedes.

LUCAS.—¡No es eso!

DOÑA MAT.—¿Pues qué es?

LUCAS.—¡Cuando tiras de lógica no eres agradable, mamá!

DOÑA MAT.—Bien lo siento, hijo. Tú harás lo que te plazca, que ya hemos renunciado a las esperanzas que pusimos en ti... pero aún te pido un favor. Que no te mezcles en los asuntos de la casa y que nos permitas resolverlos tranquilamente si Dios nos da una solución.

LUCAS.—¿Una solución? ¿Para quien? ¿Para Cecilia? ¿No será la del tendero?

DOÑA MAT.—La que sea.

LUCAS.—¡La del tendero, no! Yo no admito ni siquiera el hablar de eso.

DOÑA MAT.—Pues hay que hablarlo, porque hoy escribió pidiéndome hora para vernos; le contesté que venga cuando guste, y alguna respuesta se le dará.

LUCAS.—¡Que no!

DOÑA MAT.—Ya veremos.

LUCAS.—¿Cecilia Monterroso casada con ese hortera de Figueredo?

DOÑA MAT.—Claro que no pienso forzar su voluntad en lo más mínimo, pero si ella lo acepta no seré yo quien la disuada.

LUCAS.—Entonces no hay cuidado ninguno. Cecilia tiene más dignidad que todo eso, y antes que una boda tan disparatada sería mejor roerse los codos de hambre.

DOÑA MAT.—Si yo te viera a ti afanándote por la casa, tus palabras serían siempre definitivas para nosotras... pero viéndote ocioso y cruzado de brazos ante nuestros apuros, que todo lo resuelves volviendo la espalda, ya no me puedes valer de oráculo.

LUCAS.—¡Piensa que eres una Monterroso, mamá.

DOÑA MAT.—Sí lo soy, sí... pero a la hora de mandar a la muchacha a la plaza no me sirven los apellidos. Piensa tú en eso, Lucas.

LUCAS.—No quiero pelear ni enfadarte, pero oye una cosa irrevocable, eh, irrevocable. Lo de Figueredo no puede ser.

DOÑA MAT.—Bien...

LUCAS.—No querrá Cecilia, pero aun en el absurdo de que pudiera ceder, no será, irrevocablemente, no será. ¿Estáis advertidas, verdad?

DOÑA MAT.—Sí...

LUCAS.—Pues se acabó el enojo de esta conversación. Dame un abrazo, y anda, dame esos durillos para las butacas de la Roy.

DOÑA MAT.—*(Riendo descorazonada y amargamente.)*—Lucas, Lucas...

LUCAS.—¿Las voy a devolver yendo a su casa todos los días? ¿Me voy a quedar con ellas sin pagárselas? Comprende que es un compromiso ineludible...

DOÑA MAT. — Tienes razón. (*Llamando.*) ¡Nunú!

LUCAS.—Por capricho no te los pediría.. Hazme esa justicia.

DOÑA MAT.—Tienes razón. ¡¡Nunú!!

LUCAS.—No puede uno zafarse de esas pequeñas gabelas de sociedad.

## ESCENA III

DICHOS: NUNÚ, por la derecha.

DOÑA MAT.—Tienes razón. Nunú, coge la bandeja grande del comedor y llévala.

NUNÚ.—¿Cuánto?

DOÑA MAT.—Lo que den...

LUCAS.—¿Vas a empeñarla?

DOÑA MAT.—Como las otras...

LUCAS.—¡No, yo no lo consiento!

DOÑA MAT.—Pues tú dirás entonces...

LUCAS.—¿Pero de veras no tienes, mamá?

DOÑA MAT.—(*Volviendo a reir descorazonada.*)—¿Lo dudas?

LUCAS.—¡No, no!

DOÑA MAT.—Sí lo dudas, sí. Vives de ilusiones y no quieres transigir con la realidad; pero como la realidad se te impone, buscas un término de conciliación y prefieres creer que tu madre es tacaña. Eso para el orgullo es menos doloroso que confesar la pobreza...

LUCAS.—Si se tratara de una cantidad grande... ¡Pero esa miseria!...

DOÑA MAT.— Miseria, no. Pasando de lo que tenemos, y ya está distribuído, toda cantidad es enorme para nosotros.

LUCAS.—Sí, dices tú bien, sí...; pero el caso es que de momento no sé cómo arreglármelas para no caer en ridículo...

DOÑA MAT.—Yo, sí. Anda Nunú, anda y llévala.

NUNÚ.— (*Dolorosamente.*) — ¿La repujada? ¿La que le regalaron sus padres de usted cuando la boda?

DOÑA MAT.—Puesto que no hay otra que valga, esa ha de ser...

NUNÚ.—Pero, señora...

DOÑA MAT. — (*Con ira.*) — ¡¡Anda, anda, Nunú!!

(*Mutis Nunú, por la izquierda.*)

## ESCENA IV

MATILDE y LUCAS

LUCAS.—(*Abrazándola)*—¡Te juro que es la última vez, mamaíta!

DOÑA MAT.—¿Cuántas has jurado ya?

LUCAS.—¡No te apures!... Yo te prometo hoy solemnemente que me pongo a buscar con quién casarme para concluir con estos fastidios y para que no vuelva ni a pasar por la imaginación la idea bochornosa de aliarnos a un hortera despreciable.

DOÑA MAT.—No lo denigres tanto, que no nos vamos a mucha distancia.

LUCAS.—¿Nosotros?

DOÑA MAT.—Nosotros. Cuando Nunú va a empeñar y tú te vas a vender, concluyendo así nuestros orgullos, en llevar al mercado la vajilla y los apellidos..., no me parece muy discreto el tratar con desdén a los otros mercaderes.

(*Marcha hacia la derecha.*)

LUCAS.—¡Nosotros no lo somos!

DOÑA MAT.—También. Con la diferencia a su favor de que al fin ellos venden lo que compran, pero no venden lo que heredan.

LUCAS.—Por necesidad.

DOÑA MAT.—Por lo que sea, Lucas, por lo que sea... ¡pero lo venden!

(*Mutis por la derecha.*)

## ESCENA V

LUCAS; luego PEPINÍN, por el foro.

LUCAS.—Mamá se ha levantado hoy predicadora... ¡y la paga conmigo! Paciencia...

PEPINÍN.—Buenas tardes Luquitas...

LUCAS.—¡Hola, tío Pepinín! (*Abrazándole.*) ¿Qué buen aire nos empuja por aquí al señor duque de Alfiel, al único pariente que se digna visitarnos alguna vez... y al único a quien se profesa cariño en esta casa?

PEPINÍN.—Prometí hace tiempo llevarlas al teatro, y como hoy dispongo de mi persona...

LUCAS.—Pues encantadas. Ah... y enhorabuena. He oído que te nombran académico de la de Historia.

PEPINÍN.—Algunos me lo dijeron..., pero no sé nada oficialmente.

LUCAS.—¿A quién con más méritos?

PEPINÍN.—A muchísimos. Yo no soy más que un aficionado a revolver papeles, y no por verdadero amor al estudio, sino porque me divierten, que la Historia es el archivo de las ambiciones y la feria de las vanidades, hallando en ella pasto sabroso para todos los gustos. ¿Que

amaneces de humor trágico? Pues en cualquier página encuentras una traición, una infamia o un crimen. ¿Que el humor es picaresco? Pues rebuscas la vida de Lucrecia Borgia, antes de que la canonizara literariamente el insigne marqués de Laurecín... o vuelves a leer la odisea de las doce infantinas que nos mandaron de Portugal para mayor ornato de la corte castellana de Enrique IV... y que de las doce nos salieron torcidas trece... pues el mismo rey, desheredando a su hija la Beltraneja, declaró *que era público y manifiesto por aquellos señoríos que Doña Juana no usaba limpiamente de su persona.*

LUCAS.—¡Diablo!

PEPINÍN.—Si, sí... Por lo visto *beltranejearon* todas. ¡Qué novelas, ni qué...! ¡Para divertida, la Historia! ¿No te hace muchísima gracia que Claudio, siendo el amo del mundo, pusiera todo su afán en que la posteridad le juzgase como artista?

LUCAS.—Muchísima gracia, sí... Pero, ¿quién era Claudio?

PEPINÍN.—¡Nerón, hombre!

LUCAS. Ah, sí...

PEPINÍN.—Y, en cambio, ¿no es curiosísimo que, siendo un artista inmortal, pusiera Diego

todo su amor propio en ser caballero del Hábito de Santiago, obligando a la regia merced a que hiciera regias trampas para subsanar la información de nobleza, que por ninguna línea se le encontraba?

LUCAS.—Curiosísimo, sí... Pero, ¿quién es Diego?

PEPINÍN.—¡Velázquez, hombre!

LUCAS.—Velázquez, muy bien. Pero en lo sucesivo ten la bondad de indicar los nombres completos.

PEPINÍN.—Refiriéndome a personalidades tan conocidas...

LUCAS.—Para ti, que tratas de tú a la Historia; pero no para mí. Por Velázquez y por Nerón ya voy sabiendo de quién se habla... ¡pero por Diego solamente me veo perdido del todo! Y alguno más que yo se verá igual...

PEPINÍN.—Procuraré la enmienda.

## ESCENA VI

DICHOS: CECILIA y DOÑA MATILDE, por la derecha.

CECILIA.—¡Mira, mamá! ¡El tío Pepinín! (*Corre a abrazarle.*)

PEPINÍN.—El mismo.

DOÑA MAT.—Hola, Pepe.

PEPININ.—A cumplir su palabra.

CECILIA.—¿Teatro?

PEPININ.—Teatro.

CECILIA.—¿Princesa?

PEPININ.—Bueno. Princesa.

CECILIA.—¿Qué hacen?

PEPININ.—*Locura de amor.* La hermosa y trágica historia de Juana y de Felipe.

LUCAS.—Añade, Pepinín...

PEPININ.—Felipe el Hermoso, primero de su nombre en España.

DOÑA MAT.—¿A qué hora?

PEPININ.—A las seis. Hay tiempo y tiempo.

DOÑA MAT.—Querrás, ¿eh?

CECILIA.—¡Ya lo creo!

DOÑA MAT.—Pues con mucho gusto, Pepe. Y ya sabes cuánto te lo agradecemos.

PEPININ.—Entonces voy por las localidades, y de paso compraremos alguna golosina.

CECILIA.—¿Marrón, tío Pepinín?...

PEPININ.—De los más dulzones, sí.

CECILIA.—Paso el año sin probarlos...

PEPININ.—Pero cuando te llega la tuya, ya sé cómo las gastas y lo golosa que es *la mujer fuerte, el espejo de solteras y el maravilloso hacendista de esta casa.*

CECILIA.—Por laburla añadirá vuecencia unos de licor, de kirsck y de granitos de café...

PEPININ.—Se añadirán. ¡Ana de Austria era también muy golosa! Y madama Adelaida, la hermana de...

LUCAS.—(*Atajándole.*)—Tío Pepinín...

PEPININ.—Ni una palabra más de madama Adelaida. A las seis menos cuarto estoy a buscaros.

LUCAS.—¿Traerías el auto?

PEPININ.—Me trajo él...

LUCAS.—(*Dándole una palmada.*)—¡Bien, hombre! ¿Me llevas?

PEPININ.—Sí.

LUCAS.—Voy a comprarme un sombrero que necesito y vuelvo a vestirme. Hasta ahora.

(*Mutis por el foro Pepinín y Lucas.*)

## ESCENA VII

CECILIA y DOÑA MATILDE

DOÑA MAT.—Cecilia... ¿Sabes que va a venir Figueredo? ¿Y sospecharás a lo que viene?

CECILIA.—Me lo figuro...

DOÑA MAT.—Entonces llegó el momento de que tú resuelvas.

CECILIA.—Lo que tú aconsejes, mamá.

DOÑA MAT.—No. Lo que sea tu inclinación, que en eso no pretendo llevarte de la mano. Yo te digo únicamente lo que conoces de sobra: que no eres una niña, que la situación de la casa es difícil y que no hay más esperanza que la de un matrimonio ventajoso.

CECILIA.—¿Como éste?

DOÑA MAT.—Como éste. No viene a ofrecer millones, pero sí lo bastante para vivir sin apuros. Tú ves que los galanes, muy galanes, no acuden para bodas; y este otro galán, poco galán, pretende casarse inmediatamente.

CECILIA.—¿Qué te parece a tí Figueredo?

DOÑA MAT.—Honrado, formal, listo y simpático. ¿No es así a tus ojos?

CECILIA.—Así es.

DOÑA MAT.—Pero veinte años más que tú... algo brusco... y tendero... ¿No es así también?

CECILIA.—Así es

DOÑA MAT.—Por consecuencia, no hay engaño para nosotras. Las dos vemos claramente el lado bueno y el lado malo de esta unión. Es un un hombre que te resolverá el problema grande

y pavoroso de la vida, pero es un hombre con el que vas a esquinarte a diario en detalles y delicadezas que él no aprendió y que tú no has olvidado.

CECILIA.—Mucho lo temo.

DOÑA MAT.—¡Y además; es tan natural que sueñes todavía con Lohengrín y con el príncipe encantado!...

CECILIA.—¡Te equivocas bien, mamá! Por desdicha o por suerte, ya aprendí mucho a costa mía, y sé perfectamente que son tantas las necesidades y las complicaciones modernas, que la vida material se ha sobrepuesto a la vida espiritual! El matrimonio, que empezó siendo una inclinación y luego fué un trato de familias, ahora no es más que un lujo. Y como todo lujo, solamente los ricos se lo pueden pagar. Los demás nos casamos cuando podemos y lo mejor que podemos, pero no con quien queremos... ¡y menos mal siquiera cuando se puede querer a quien nos busca!

DOÑA MAT.—Tienes razón.

CECILIA.—¡¡Lohengrin!! No, madre, no. Yo no sueño despierta, no aguardo a un semidiós, que por muy satisfecha me daría con un hombre honrado y trabajador... y aunque soy joven... ¡no

importa para esa sabiduría! que hoy los pájaros ya nacen sabiendo que hay jaulas.

DOÑA MAT.—Es verdad. Y vamos resueltamente a lo que se ha de contestar. Para Luquitas ya nos consta que será una abdicación y una mancha en los pergaminos, pero como él no contribuye a salvarnos, sería una insensatez que le siguiéramos en sus delirios vanidosos. ¡Desdichadamente no podemos contar con él!

CECILIA.—Pues contemos sin él, que a eso ya estamos acostumbradas.

DOÑA MAT.—Queriendo tú a Figueredo, tampoco habría duda, pero no queriéndole, simpatizando únicamente... ¿Crees tú posible que llegues a quererle algún día?

CECILIA.—Posible... claro.

DOÑA MAT.—¿Pero, difícil?

CECILIA.—Tan difícil...

DOÑA MAT.—Pues, descartado el pretendiente.

CECILIA.—Si no la felicidad, quizás alcancemos la buena armonía, la estimación mutua... y como son tantas las ventajas materiales para todos...

DOÑA MAT.—Esa es poca razón. Yo no te llevo al sacrificio ni acepto el pan amargado.

CECILIA.—Entonces... ¿no te incomodarías conmigo?

DOÑA MAT.—¡No, hija, no! Primero eres tú, y como hemos vivido, viviremos.

CECILIA.—Comprende que no es razonable en mí el rechazar un partido tan ventajoso...—que Dios sabe si volverá a pasar por mi puerta otro que se le iguale... pero somos tan distintos, tan extraños el uno para el otro...

DOÑA MAT.—No te atormentes más. Resuelto que no.

CECILIA.—Aun siendo muy dorada y muy vistosa.... hay que perdonarle un poco al pájaro el que se resista a entrar en la jaula.

DOÑA MAT.—(*Abrazándola.*)—¡No seas boba! Y tampoco es ninguna proporción para deslumbrar...

## ESCENA VIII

DICHAS: JUANA, por el foro.

JUANA.—Señorita... ahí está el tendero ese, el Figueredo.

DOÑA MAT.—Que pase.

JUANA.—Bien.—(*Mutis*).

CECILIA.—¡No puede ser mamá! Oirme llamar a tendera, la doña Cecilia... ¡Con amor, bueno! pero sin amor, sin cariño, sin desvanecerme por una gran posición...

DOÑA MAT.—No te preocupes, que ya es asunto concluído.

CECILIA.—Pero díselo amablemente, que después de todo nos hace favor, y es muy buena persona.

DOÑA MAT.—Descuida, que obligada estoy a ello.

## ESCENA IX

CECILIA, DOÑA MATILDE: FIGUEREDO, por el foro.

FIGUEREDO.—¿Dan ustedes permiso?

DOÑA MAT.—Buenas tardes, Figueredo.

FIGUEREDO.—Ya me dispensarán la libertad de venir, ¿eh?... pero me pareció que era mejor para todos el tratar de una vez nuestro asunto.

DOÑA MAT.—Usted sabrá qué asunto.

FIGUEREDO.—¿Y ustedes no lo saben?

DOÑA MAT.—Mientras no lo diga...

FIGUEREDO.—¡Anda! ¿No saben que vengo por Cecilia; no lo han hablado ya las dos y no tienen pensado lo que me van a contestar? Eso

puede que sea muy diplomático, pero franco y verdadero... ¡no lo es, doña Matilde, no lo es! ¿Para qué vamos a decir una cosa por otra?— (*Cecilia, que empieza por sonreir, acaba riendo.*) —¿Ve cómo se ríe?; es lo mismo que si le dijera: «Mamá, Figueredo tiene más razón que un santo.»

CECILIA.—Una poca, sí...

FIGUEREDO.—(*Dándole la mano.*)—Muchas gracias. Y eso que apenas si abrí la boca. Ya verá, ya verá. Traigo las razones hasta en los bolsillos y a puñados.

DOÑA MAT.—Camina usted muy deprisa, Figueredo.

FIGUEREDO.—Pues iremos al paso que usted mande.

DOÑA MAT.—Siéntese, haga el favor.

(*Se sientan.*)

FIGUEREDO.—No, usted no, Cecilia.

CECILIA.—(*Riéndose*).—¿Me despide usted?

FIGUEREDO.—Vengo a buscarla para siempre.., ¡conque, figúrese usted si no habrá gusto en verla un momento!; pero antes necesito hablar con la madre de cosas que no está bien que usted las oiga cara a cara... Aunque las puede usted escuchar detrás de la puerta si quiere.

CECILIA.—(*Riendo*).—No acostumbro. Y tam-

bién soy yo de las que no quieren saber lo que no les quieren decir.

FIGUEREDO.—Eso está bien. Es una cosa más de las muchas que me gustan en usted de arriba a abajo.

DOÑA MAT.—Señor Figueredo...

FIGUEREDO.—¿Tampoco saben que me gusta? ¡Válgame Dios y qué ignorancia les ha entrado de la noche a la mañana!

CECILIA.—No disputen por bobadas y hablen lo que les parezca.

(*Mutis por la izquierda.*)

## ESCENA X

DOÑA MATILDE y FIGUEREDO

FIGUEREDO.—(*Después de mirarla embobado.*) —¿Es guapa, verdad usted?... Por mí ya lo puede decir, que soy de su opinión.

DOÑA MAT.—Escúcheme. Veo que no es usted amigo de rodeos y voy a emplear la misma franqueza. El amable deseo de usted, que tanto nos honra, se lo estimamos profundamente Cecilia y yo, y todos.

FIGUEREDO.—¿También Luquitas? Me choca, me choca.

DOÑA MAT.—Con especialidad ella y yo. Pero usted debe comprender que es imposible.

FIGUEREDO.—No, señora. Si lo comprendiera no habría venido.

DOÑA MAT.—Siento mucho desengañarle, pero por lo visto no se ha informado usted bien de quiénes somos, que podríamos rehabilitar varios títulos del Reino si las circunstancias nos lo permitieran, y además -aunque no pensando en exigirlo ni aun a los sirvientes—nuestra familia tiene tratamiento.

FIGUEREDO.—Y mi madre también lo tiene. Se lo puso el médico hará unos dos meses.

DOÑA MAT.—No hablamos de lo mismo...

FIGUEREDO.—Ya lo sé, ya. Y no les censuro el que sean un poco vanidosillas, que también yo lo soy mucho. Cada vez que pienso en que hace veinticinco años era mozo de almacén y ahora pago la primera cuota industrial... ¡me dan unas ganas locas de llamarme a mí mismo excelentísimo y hasta reverendísimo señor de Figueredo.

DOÑA MAT.—Tendría usted motivo.

FIGUEREDO.—Puede que sí... pero esto no es lo que ahora interesa.

DOÑA MAT.—Le ruego a usted que no insista

En el mundo no estamos solos, y aunque llegásemos a pensar en admitirle a usted, no hay modo de realizar la soldadura de dos familias tan diferentes.

FIGUEREDO.—No toque muy fuerte en esa tecla, doña Matilde. En mi tienda, comercio al por mayor de tejidos y de paños, calcule usted si habrá telas... Bueno, pues en la familia de usted, si empezamos a mentar a los parientes, aún hay más tela todavía.

DOÑA MAT.—¡Señor Figueredo!

FIGUEREDO.—Ya sé que hay muchos correctísimos, pero también sé del primito, *croupier* en el Círculo; de la primita, echada de la Cruz Roja porque no aclaraba la cuenta de los donativos, y de la otra primita y condesita que dicen que coquetea... y aun que cocotea.

DOÑA MAT.—(*Levantándose.*)—¡Señor Figueredo!

FIGUEREDO.—(*Sin moverse.*)—Se indigna usted ¿verdad?

DOÑA MAT.—De que usted se permita decirlo.

FIGUEREDO.—Creí que era de que ellos fuesen así.

DOÑA MAT.—Y sepa usted de una vez para

todas que a esos no los conceptúo yo como de la familia.

FIGUEREDO.—Hace usted admirablemente... sólo que no basta, porque los parientes molestos, aunque uno se los quite de parientes, ellos siguen de molestos.—(*Cogiéndola.*)—Siéntese, doña Matilde, siéntese. Cómo soy por fuera, ya me ven: cómo soy por dentro, de genio y de conducta, ya me conocen, lo mismo que yo a ustedes, que van siete años de vecindad... y cuando los criados y las porteras no han dicho nada malo es que somos bastantes buenos.

DOÑA MAT.—En eso no hay reparo que ponerle.

FIGUEREDO.—Menos mal. La casa en donde tengo el comercio es mía. Cincuenta y tres mil duros, más catorce de la reforma... sesenta mil largos. Otros cincuenta en papel del Estado, amortizable del cinco por ciento. Ahí va el resguardo.

DOÑA MAT.—Basta la palabra.

FIGUEREDO.—¡Quiá! No hay palabra tan clara como un resguardo. ¡Mírelo, mírelo!

DOÑA MAT.—(*Riendo.*)—Bueno...

FIGUEREDO.—Y el comercio sus cuatro mil durillos limpios los da al año como agua. Y ca-

da día más, porque lo dificultoso, que es el acreditarlo, ya está hecho. De modo que cuatro de aquí, dos y medio del Banco y otros dos de la casa, son ocho mil duros de renta saneada. Ya hay para empezar.

DOÑA MAT.—Según... que no tiene usted mucha fama de generoso.

FIGUEREDO.—Con quien no me importa.

DOÑA MAT.—Ni con quien le importa. ¿Usted quiere a Cecilia, verdad? ¡Pues ayer mismo compramos unos metros de batista, de tres pesetas cincuenta el metro, y no quiso usted rebajarnos los cincuenta céntimos!

FIGUEREDO.—Ni a usted ni a nadie. En mi casa es precio fijo.

DOÑA MAT.—Pero estando enamorado...

FIGUEREDO.—Ay, no señora. El amor no tiene nada que ver con la batista. Si mi padre resucitara—y ojalá fuera posible—lo trataría a cuerpo de rey, y si se le antojaban metros y piezas enteras se las regalaría muy gustoso; pero si las compraba... ¡si las compraba, a tres cincuenta las había de pagar! De mi casa no sale nadie que pueda decir que le han cobrado diez céntimos más o diez céntimos menos. Esa es mi honradez comercial, doña Matilde.

DOÑA MAT.—Quizás no vaya usted desacertado.

FIGUEREDO.—Y ese fué el último consejo suyo, que murió el pobre sin conocer las horas de fortuna y de descanso... «Mira, hijo, a la gente le gusta la novedad y las rarezas... ¿Qué son la mayoría de los hombres? Unos pillos y unos granujas. Pues entonces, el negocio está en ser honrado... y acudirán a tí por la especialidad y la rareza. Además, lo de la honradez puede también aprovecharte para tu conciencia y para la estimación pública... aunque de esto ya no estoy tan seguro.» Seguí el consejo y me fué muy bien.

DOÑA MAT.—Lo celebro.

FIGUEREDO.—Ya sabe usted quién soy y cómo soy. ¿Qué me responde usted ahora...

DOÑA MAT.—Que lo deploramos muchísimo...

FIGUEREDO.—¡Bien! Hágame el obsequio de llamar a Cecilia.

DOÑA MAT.—Ya le contesto a usted yo.

FIGUEREDO.—No es suficiente. Usted me respondió por lo único que he dicho, por intereses y negocios: ahora quiero yo escuchar lo que me responden cuando suplique por un poco de cariño y de bondad.

DOÑA MAT.—Lamento que usted me obligue

a decirlo, pero la verdadera razón no está en los pergaminos ni en los blasones, que no apreciamos en más de lo que valen realmente, y los puse como disculpa: está en Cecilia misma que no siente por usted, aun estimándole mucho, la inclinación necesaria para decidirse a un paso como ese.

FIGUEREDO.—¿Y ella qué sabe?

DOÑA MAT.—¡Hombre!

FIGUEREDO.—Pero sépalo o no, la intención honrada que me trae merece cuando menos que la escuchen.

DOÑA MAT.—¿Quién lo duda?

FIGUEREDO.—Pues llámela.

DOÑA MAT.—Ahora mismo. ¡Cecilia! (*Levantándose.*)

FIGUEREDO.—Es la pimera vez que vengo... puede que sea la última si Dios no quiere volverse de cara hacia mi...

DOÑA MAT.—¡Cecilia!

FIGUEREDO.—Siquiera que me despida la misma a quien vengo a buscar.

DOÑA MAT.—Sí, sí. ¡Cecilia!

## ESCENA XI

Dichos: CECILIA por la izquierda.

CECILIA.—¿Mamá?

DOÑA MAT.—Por más que ya le dije tu contestación, insiste en oirla de tus labios...

(*Cecilia se inclina sometiéndose y van a sentarse.*)

FIGUEREDO.—No, no. Usted no se siente, doña Matilde.

DOÑA MAT.—¿Cómo que no?

FIGUEREDO.—Le rogué a la hija qne me dejara a solas con la madre para hablar del tanto y cuanto. ¿No comprende usted, señora, que me sería imposible hablar de algo más hondo en su presencia...? Y cuando un hombre va al ridículo de un desaire ya se le puede conceder la limosna de unas palabras...

DOÑA MAT.—(*Consulta con la vista a Cecilia y ésta se inclina, sometiéndose a lo que su madre disponga.*)—Confío en que es usted un caballero...

FIGUEREDO.—¿Qué importa aquí lo que yo soy? ¿No le basta a usted con lo que es ella?

DOÑA MAT.—Sobradamente. Hablen ustedes.

(*Mutis por la izquierda.*)

FIGUEREDO.—Gracias, doña Matilde.

## ESCENA XII

CECILIA y FIGUEREDO

CECILIA.—Le estimo a usted de todo corazón su amable preferencia...

FIGUEREDO.—Ese va a ser el final. ¿Quiere usted dejarme a mí el principio de la conversación? Estoy enterado perfectamente de la vida de usted. Y además sé que no hay nadie con quien luchar en el terreno de mis aspiraciones.

CECILIA.—Nadie.

FIGUEREDO.—Por eso vengo. Ya viví lo bastante para estar persuadido de que no hay pelea posible contra la juventud. No siendo con una mujer que calculadamente se ponga en venta, al más rico, al más sabio y al más poderoso de la tierra, lo vence siempre el más joven.

CECILIA.—Y es natural...

FIGUEREDO.—Conformes. Tan conformes, que el año pasado ya quise dirigirme a usted, pero

comenzó a rondarla un mozalbete y le cedí el campo.

CECILIA.—Para él no fué gran ventaja, que no llegamos ni a hablar una sola vez. Pero infundiéndole tanto pavor la juventud... ¿no temería usted arriesgar el porvenir?

FIGUEREDO.—Está usted equivocada. El pavor me lo infunden ahora, cuando de ellos y de mí no ve usted más que lo externo y lo superficial; pero después de un año de casados ya no me preocupan, que habrá usted recibido tantas atenciones y tanto cariño, que usted misma los despreciará.

CECILIA.—Sería mi deber.

FIGUEREDO.—Esa consideración va la última. ¡Calcule usted si confiaré yo en las otras!

CECILIA.—(*Burlona.*) — ¿Cuenta usted con enamorar?...

FIGUEREDO. — Ahora no, seguramente no; después, sí, seguramente sí... Empezará usted por encontrarse con un hombre.

CECILIA.—Ya, ya.

FIGUEREDO.—Nada de ya, ya, porque hay muy pocos.

CECILIA.—Nadie lo diría.

FIGUEREDO.—¿Usted cree que todos esos

que andan por la calle con chaquetas y pantalones son hombres? No. En Madrid no hay arriba de un par de docenas, y quizás exagere.

CECILIA.—¿Pues qué son los demás?

FIGUEREDO.—Monigotes, Cecilia. Monigotes grandes, monigotes chicos... ¿pero hombres de veras? ¡quiá! En su casa misma, ¿le parece a usted que Luquitas es un hombre? Si lo fuera no se verían usted y su madre tan desamparadas.

CECILIA.—Es algo tarambana, sí...

FIGUEREDO.—Pues eso es. Y a quien tiene obligaciones serias no le están permitidas las tarambanadas mientras no atendió a la obligación.

CECILIA.—¿Y usted se considera mejor?

FIGUEREDO.—Usted juzgará. A los diez años ya me ganaba una pesetilla barriendo la tienda. Cumplí los veinte sin saber lo que era una diversión ni una fiesta, trabajando de día y quemándome las cejas de noche para estudiar. Murió el cajero repentinamente y yo le sustituí mientras buscaban otro a todo escape... pero el principal vió que las cuentas marchaban bien, no tuvo ya tanta prisa, y al fin me nombró a mí. Los compañeros me decían: «¡Mira que tienes suerte, Joaquín!» Y yo les contestaba que sí, que

teníamucha suerte, ¡pero ademásteníatodosaquellos años de trabajar y de quemarme las cejas!

CECILIA.—Era algo más que suerte.

FIGUEREDO.—Como siempre por el mundo. La suerte es suerte y es el estar preparado para ella, que si no pasa de largo y no aprovecha. ¿De qué les hubiera servido mi suerte a todos los compañeros, si ninguno sabía contabilidad ni partida doble? De nada.

CECILIA.—Es verdad.

FIGUEREDO.—Pues si yo me hice a mí mismo, hice mi casa, la sostengo y la mejoro... ¿no puedo decir que soy un hombre? ¿Y aquí? ¿Quien sostiene la casa? ¿Doña Matilde? Pues aquí doña Matilde es el hombre. Y cuando yo entre en la familia, como yo los defenderé a todos, yo seré el hombre de la casa. Puede usted tener la certeza absoluta.

CECILIA.—Y la tengo. Pero ahora soy yo quien pregunta: ¿cree usted que basta la energía y el carácter para hacer feliz a una mujer?

FIGUEREDO. A una mocosa, no; a una mujer, sí.

CECILIA.—¿Lo cree usted Figueredo?

FIGUEREEO.—¿Si quisiera usted llamarme por el nombre? Joaquín.

CECILIA.—¡No, no!

FIGUEREDO.—¿Le molesta?

CECILIA.—Molestarme, nada.

FIGUEREDO.—Entonces, se lo suplico...

CECILIA.—Bueno... ¿lo cree usted, Joaquín?

FIGUEREDO.—Convencidísimo, Cecilia.

CECILIA.—¿Y no se imagina usted que en la intimidad pueda ser horrible la diferencia de educación y de ambiente?

FIGUEREDO.—¡No, no! Porque usted olvida lo esencial, que en el matrimonio todo es horrible cuando no hay la estimación mutua, pero habiéndola todo se borra, y los dos cambian un poco para entenderse mejor. Al año, es usted más comerciante que yo mismo.

CECILIA.—Eso no.

FIGUEREDO.—Eso sí. ¿Cómo no le van a interesar a usted sus propios intereses? Y en cuanto usted medite un segundo que de una cifra a otra va su bienestar y la de todos los suyos, forzosamente ha de concluir por encontrarle utilidad al libro de caja y poesía al balance de fin de año.

CECILIA.—¿Poesía también?

FIGUEREDO.—También. En los números se lee todo.

CECILIA.—Dinero nada más.

FIGUEREDO.—¡Todo! Figúrese usted que ya estamos casados.

CECILIA.—¡No!

FIGUEREDO.—Para este razonamiento únicamente.

CECILIA.—(*Riendo.*)—Bueno...

FIGUEREDO.—¿Estamos casados, Cecilia?

CECILIA.—Estamos, Joaquín.

FIGUEREDO.—Balance al 31 de Diciembre. Haber... tanto; debe... tanto. Líquido, treinta mil pesetas. ¿Eres avara? Treinta mil pesetas para guardar. ¿Eres gastadora? Ahí tienes vestidos, sombreros y perifollos. ¿Eres caritativa? Ahí tienes limosnas para socorrer y para que te bendigan. ¿Eres mujer de tu casa? Pues ahí tienes resuelta la vida material, el sosiego de los tuyos, la educación de los hijos... ¡ya ve usted, Cecilia, cómo en una cifra se puede leer todo y algo más!

CECILIA.—Pero no el amor.

FIGUEREDO.—Para empezarlo, no: para sostenerlo, sí, que los amores son como los hijos; nacen... ¡de nada! de un minuto, de un beso...; pero no viven sino a fuerza de cuidados, de sacrificios y de dinero.

CECILIA.—Pudiera ser que yo cambiara... pero... ¿y usted? Acostumbrado a mandar y a imponerse rudamente...

FIGUEREDO.—¿Rudamente? Ahora, cuando la impaciencia y las prisas del negocio y mi genio vivo me llevan a echar mano a un fardo para que lo descarguen pronto, claro que voy con brusquedad y con toda mi fuerza, porque en ello es necesario... pero, mañana, si he de coger a un angelote que se parezca a usted y a mí...— o a usted sola para que sea muy hermoso—¿piensa usted de veras que iré a cogerlo bruscamente?

CECILIA.—(*Indignada.*)—¡Claro que no!

FIGUEREDO.—Yo hablo muy alto siempre por la costumbre de dirigirme a los dependientes desmi sitio... pero mañana, cuando el angelote duerma, ¿piensa usted de veras que se van a sentir mis pasos ni que se va a oir mi voz por la casa?

CECILIA.—¡Le mandaríamos callar y estarse quieto! No faltaría más!

FIGUEREDO.—¿Verdad?

CECILIA.—¡Anda! ¡Y no obedeciendo prontito, a la calle!

FIGUEREDO.—(*Amoroso.*)—¿Verdad, Cecilia?

CECILIA.—(*Dejándose llevar de la ilusión.*)—¡Y tan verdad, Joaquín!

FIGUEREDO.—(*Cogiéndola de los dos brazos.*) —Y viéndole y amándole, yo querría ser muy cariñoso y muy suave para que alguna vez me lo dejéis tener en los brazos... (*Atrayéndola a sí como si atrajera el niño del regazo de ella para el suyo)*, y en cambio tú me pedirás siempre que trabaje, y que trabaje más, para que él tenga una gran fortuna y una gran educación...

CECILIA.—¡Naturalmente!

FIGUEREDO.—¿Verdad que sí, Cecilia?

CECILIA.—¡Pues claro!

FIGUEREDO.—Y eso vendrá a ser más amor y más felicidad para nosotros...

CECILIA.—Claro que lo será y que...

(*Se detiene súbita, se da cuenta de que está abrazada y se levanta rápida.*)

FIGUEREDO.—¿Para qué huir? Usted me querrá, Cecilia.

CECILIA.—¡No!

FIGUEREDO.—¡Y usted será feliz!

CECILIA.—¡Imposible!

FIGUEREDO.—Muy fácil. Le garantizo a usted yo que eso es muy fácil. (*Levantándose.*) ¡Doña Matilde!

CECILIA.—(*Queriendo detenerlo.*)—¡No, no!

FIGUEREDO.—¡Doña Matilde!

CÉCILIA.—No, Joaquín, no. Yo aún no he dicho...

FIGUEREDO.—¡Qué importa! ¡No diga usted nada! Desde hoy en esta casa lo voy a decir yo todo. ¡Doña Matilde!

## ESCENA XIII

DICHOS: DOÑA MATILDE, por la izquierda.

DOÑA MAT.—¿Han terminado ustedes?

FIGUEREDO.—Sí, señora. Y usted señalará la fecha de la boda.

DOÑA MAT.—¡Está usted loco!

FIGUEREDO.—De alegría.

DOÑA MAT.—¿Pero es cierto?

CECILIA.—Sí, mamá... Me convenció Joaquín..

DOÑA MAT.—¿Joaquín? ¿Qué Joaquín? ¿Figueredo?

FIGUEREDO.—Yo, sí señora.

DOÑA MAT.—Pero Cecilia, hija, ¿cómo es que accedes ahora?

CECILIA.—(*Echándose en sus brazos.*)—No sé que me pasó, mamá, no sé...

FIGUEREDO.—Pues muy sencillo. Que ha encontrado en mí a un hombre, y el buen criterio

de ella le dice que eso es lo que hace falta siempre para una mujer y para una casa. Nada más.

## ESCENA XIV

DICHOS: NUNÚ por la derecha.

NUNÚ.—(*Aparte a doña Matilde.*)—Ya está. Sesenta y tres duros...

CECILIA.—Nunú, vas a ser la primera en saberlo. Me caso.

NUNÚ.—¿Con quién?

FIGUEREDO.—Conmigo.

NUNÚ.—En fin... que sea por muchos años y para bien de todos. ¡Pero ya pudo venir un poco antes, hombre!

FIGUEREDO.—No quedó por mi deseo... y aún hoy, para lograrlo tuve que empeñarme.

NUNÚ.—Y nosotras también.

DOÑA MAT.—(*Mirándola severa*).—¡Nunú!

(*Mutis Nunú por la derecha.*)

## ESCENA XV

DICHOS: PEPINÍN, por el foro.

PEPINÍN.—Aquí tenéis el palquito.

CECILIA.—(*Presentándolos.*) — El duque de Alfiel...—(*Abrazándole.*)—El tío Pepinín..., Joaquín Figueredo..., mi... mi... ¡mi marido!

PEPINÍN.—(*Retirando rápido la mano, pero volviendo a darla.*)—¡Fué la sorpresa! Celébrolo..., celébrolo....

FIGUEREDO.—Y yo muy honrado.

PEPINÍN.—Pero no anticipes calificativos que los hechos pueden desvirtuar aún. Ya sabes, Cecita, que no me pareció correcto que Rodrigo se titulara duque antes de obtener el real despacho.

FIGUEREDO.—¿Rodrigo?

CECILIA.—Un primo hermano de nuestro bisabuelo.

PEPINÍN.—El primer duque de Alfiel. (*Figueredo se inclina.*) Como no me parece bien que Felipe llamara invencible a la armada.

FIGUEREDO.—¿Felipe?

CECILIA.—Felipe II.

FIGUEREDO.—Creí que era otro primo hermano.

CECILIA.—No.

PEPINÍN.—Di que es tu prometido, y dirás lo exacto.

## ESCENA XVI

DICHOS: LUCAS por el foro.

LUCAS.—¿Han traído un sombrero, mamá?

DOÑA MAT.—No sé, hijo.

FIGUEREDO.—Buenas tardes, Luquitas.

LUCAS.—Hola, tendero.

FIGUEREDO.—Hola, cuñado.

LUCAS.—¿Eh?... (*Mirando a todos.*) ¿Qué dice?

FIGUEREDO.—Que nos casamos.

LUCAS.—Aún falta que yo lo consienta.

FIGUEREDO.—Pues ampliaré la noticia. Que nos casamos sin el consentimiento de usted.

LUCAS.—Lo veremos.

FIGUEREDO.—Por visto.

LUCAS.—(*Yendo a ella.*)—Pero mamá...

(*Sigue hablándola.*)

PEPINÍN.—En mi concepto no hay desigualdades. Mercurio también goza de su estirpe señorial. Esaú traficó con la primogenitura; los Dux fueron comerciantes; Los Médicis eran mercaderes; nuestro primer almirante de Indias era marino mercante...

LUCAS.—(*Yendo airado.*)—¿Quieres callar, Pepinín?

PEPINÍN.—Callaré. Pero por mi boca fluía la Historia.

LUCAS.—Y usted, señor Figueredo, sepa que nada significa el consentimiento de las mujeres y como yo soy el jefe de la familia y el hombre de la casa...

FIGUEREDO.—(*Siempre sin alterarse.*)—Dispense usted, dispense usted... el hombre soy yo.

LUCAS.—Le demostraré a usted su equivocación.

FIGUEREDO.—Ojalá, Luquitas, ojalá. Por mí, por ellas y por usted... Hasta mañana, señoras.

LUCAS.—¡Saldrá usted a bastonazos por las escaleras!

FIGUEREDO.—No estoy habituado a ello.

LUCAS.—Yo sí lo estoy a darlos.

FIGUEREDO.—Entonces igualaremos la partida y vendré con un mozo del almacén para que ustedes se peguen mientras nosotros hablamos. Hasta mañana, señoras.

(*Mutis por el foro.*)

## ESCENA XVII

DICHOS, menos FIGUEREDO

LUCAS.—¡Esto no puede ser, Cecilia!

CECILIA.—Porque tú lo digas. (*Cogiéndola del brazo.*) Vamos, mamá.

LUCAS.—Tienes que elegir entre él y yo!

CECILIA.—Nos causarás un disgusto enorme... ¡enorme!, pero no una vacilación ni una duda. Cuando las cosas son precisas...

LUCAS.—¡Pero si no lo son! Entonces es que tú no sabes que hoy le prometí a mamá solemnete que esto va a cambiar!

CECILIA.—(*Deteniéndose asombrada.*) —¿A cambiar?

LUCAS.—Se lo he jurado a ella, y ahora os lo juro de nuevo a las dos. Desde hoy, desde hoy mismo, me propongo con toda formalidad buscar una mujer que nos convenga. ¡Os lo juro!

CECILIA.—(*Desdeñosa.*)—Vamos, mamá.

LUCAS.—¿Pero no has entendido, Cecilia?

CECILIA.—¿Y yo qué te voy a responder, Luquitas? La idea de que un hombre no tenga más salvación que la de una mujer, a mí, mujer, me desconsuela por el hombre.

LUCAS.—¡Cecilia!

CECILIA.—¿Qué te voy a decir? Me desconsuela, Luquitas... ¡me desconsuela! Vamos, mamá.

DOÑA MAT.—Vamos, hija.

*(Mutis las dos por la izquierda.)*

LUCAS.—¡No lo comprendo!

PEPINÍN.—Pues eso es lo peor; que ni siquiera lo comprendas.

TELÓN

# ACTO SEGUNDO

Una salita-gabinete-despacho-escritorio... ¡tiene de todo!, pero todo bueno. En invierno, anochecido.

## ESCENA PRIMERA

CECILIA con un lapiz toma notas en un cuadernito de un libro grande, comercial. FIGUEREDO, con sus antiparras puestas, leyendo. *Una pausa.* DOÑA MATILDE, por la izquierda.

DOÑA MAT.—(*Sentándose a hacer labor.*)—Ya están acostados los tres. ¡Pero el Joaquinín es un diablo!

FIGUEREDO.—¿Un diablo con cuatro años y dos meses? ¡Sale precoz!

CECILIA.—¿Qué hizo?

DOÑA MAT.—No quería dormir.

FIGUEREDO.—¡Pues sí que es maldad! Como continúe dando esos disgustos va a ser cosa de tomar alguna determinación muy seria.

DOÑA MAT.—¡Habías de acostarlos tú!

FIGUEREDO.—¡Si no me dejáis!

DOÑA MAT.—¡Entonces sí que no dormían en toda la noche! Te vas a jugar con ellos y a hacer el gatito y el perrito...

FIGUEREDO.—No es vanidad de padre... ¡pero el gato lo imito bastante bien!

DOÑA MAT.—Una monada, sí.

FIGUEREDO.—¡Y es inicuo el acostarlos a las siete de la tarde!

CECILIA.—¡Qué atrocidad, tú! ¡La franela a tres pesetas!

FIGUEREDO.—(*Siguiendo su lectura sin hacer caso.*)—Qué atrocidad...

DOÑA MAT.—Se está poniendo todo imposible.

CECILIA.—¡Tú...! ¡el torzal de seda a cuatro reales! ¡Yo no sé dónde vamos a parar!

FIGUEREDO.—A subir los precios y a que los paguen los clientes. ¿Adónde vas a ir?

DOÑA MAT.—No vais a perder vosotros.

CECILIA.—¡Eso, claro que no!

DOÑA MAT.—Pues entonces no te apures.

FIGUEREDO.—¡Qué ferocidad!

DOÑA MAT.—¿Qué es?

FIGUEREDO.—Anibal... en la segunda guerra púnica, pasó a cuchillo un día seiscientos romanos.

DOÑA MAT.—Para qué lees cuentos, que después te excitan...

FIGUEREDO.—Señora, estos no son cuentos. Es la *Historia Romana*, de Rollín.

DOÑA MAT.—Ese Pepinín dichoso te ha inculcado sus manías.

CECILIA.—Que le guste leer e instruirse está muy bien.

DOÑA MAT.—Pero en esta casa se cambiaron las tornas. Tú con los libros de comercio a todas horas.

CECILIA.—¡Es que son interesantísimos!

DOÑA MAT.—Y éste siempre con novelas.

FIGUEREDO.—¡Que no son novelas, señora! Es la *Historia Romana*...

DOÑA MAT.—Lo mismo da.

FIGUEREDO.—¡Bueno, no es cosa de matarla a usted por la diferencia que pueda haber entre las dos clases de libros.

DOÑA MAT.—Tan embusteros son unos como otros.

CECILIA.—Estoy perdiendo la vista por días. —(*Se levanta, le quita las gafas a Joaquín y se las pone ella.*) —Haz favor, tú...

FIGUEREDO.—¡Bueno...!

CECILIA.—(*Volviendo a sentarse.*)—Esta letra menudita me pone nerviosa...

FIGUEREDO.—A mí ya no... porque no la veo.

DONA MAT.—Descansa de leer, descansa.

CECILIA.—¡¡Qué te decía yo, Joaquín!!

FIGUEREDO.—Que la letra menudita te...

CECILIA.—¡No, hombre! ¡De comprar lana! En un mes ha doblado el precio.

FIGUEREDO.—Te reconozco la superioridad mercantil. Mi mujer me salió un hombre de negocios admirable.

CECILIA.—Mira.—*(Echando cuentas con el lápiz.)*—Ganamos... ganamos... ganamos... once mil pesetas en esa partida. ¡Esto es precioso!

DOÑA MAT.—Preciosísimo, ya lo creo.

CECILIA.—Pero no vendas, ¿eh? Di que no te llegaron los géneros. Porque la lana sube más. ¡Te lo garantizo!

FIGUEREDO.—No se venderá.

CECILIA.—El alza está clarísima. En Enero, de Nueva York, a ocho dollars, y en Londres, a libra. En Febrero, a catorce allá, y en Londres, a tres. Y ahora en Marzo ya cotizan a cuatro libras y chelines. ¡No hay que vender, no!

DOÑA MAT.—En cinco años has hecho el milagro de cambiar una mujer.

FIGUEREDO.—Pues sin una palabra. ¡Ni una! Un día que hojeaba un periódico de modas dijo

Cecilia: «ya viene la gabardina para trajes de señora...» Callé, dispuse que compraran tela gabardina, abriendo una cuenta especial, y al liquidar ganancias le entregué ochocientas veintitrés pesetas con quince céntimos, que era el diez por ciento de comisión... Se rió un poco... pero le tomó mucho gusto... ¡Y ahí la tienen, en el trono de los números y con la aureola de los balances!

CECILIA.—(*Dejando el sitio y cerrando el libro.*)—Un poquito menos, que éste es muy exagerado, pero confieso que los números dicen maravillas. Ahí van tus gafas.

FIGUEREDO.—Vengan. Y volvamos a la segunda guerra púnica, que tengo a los romanos en una situación muy apurada. ¡Les zurran de lo lindo!

CECILIA.—Luego me lo cuenta de noche. Gracias a que me duermo...

FIGUEREDO.—¡¡Mujer!! Si no por mí, por Aníbal... ¡Cállate ese desdén!

CECILIA.—(*Poniéndole el libro y haciéndole un mimo.*)—Lee, lee.

DOÑA MAT.—Sois muy dichosos...

CECILIA.—Mucho, sí.

## ESCENA II

DICHOS: PEPINÍN, por el foro.

PEPINÍN.—Buenas tardes.

CECILIA.—Hola, tío Pepinín.

FIGUEREDO.—Hola.

PEPINÍN.—Pero Cecilia... ¿quién demonio os aconsejó para poner esto?

CECILIA.—(*Indignada.*)—¿Te parece mal?

PEPINÍN.—Deplorable. Esto es un bazar.

CECILIA.—Pues me sorprende muchísimo que califiques tan despreciativamente una habitación puesta por Climent, que es hoy el mueblista de moda en Madrid.

FIGUEREDO.—(*Convencidísimo.*)—Nos sorprende, Pepinín.

PEPINÍN.—(*Sorprendido ya él también.*)—¿Pero Climent dirigió esto?

FIGUEREDO.—Sí, señor.

DOÑA MAT.—No te quepa duda, Pepe.

CECILIA.—Te diré... Puso el saloncito completo, y resultó tan simpático y tan confortable, que hacemos aquí nuestra vida. Pero un día Joaquín tuvo que marcharse para escribir unas cartas urgentes, y yo le dije: ¿por qué no escribes

aquí? Haz que traigan una mesa... Y éste contestó...

FIGUEREDO.—Bueno... que la traigan.

CECILIA.—Y se trajo. Otro día fué a buscar un libro al despacho y yo le dije: ¿por qué no tienes aquí algunos libros? Que traigan un armario... Y éste contestó...

FIGUEREDO.—Bueno... que lo traigan.

CECILIA.—Otra vez fuí yo la que me quedé en el cuarto de costura..., y éste me dijo...

FIGUEREDO.—¿Por qué no hacéis labor aquí...? Que te traigan un costurero... Y ésta me contestó...

CECILIA.—Bueno... que lo traigan. Y así se formó el museo...

PEPINÍN.—Si es vuestro capricho, no hay nada que oponer. La reina Margot también tuvo sus caprichos.

DOÑA MAT.—(*Severa.*)—¡Pepe!

PEPINÍN.—No me refiero a esos, Matilde.

DOÑA MAT.—A ningunos, por si acaso.

PEPINÍN.—Me someto.—(*A Figueredo.*)—¿Qué lees?

FIGUEREDO.—Pues no me dejáis leer la *Historia Romana.*

PEPINÍN.—¡Una obra seria, una obra!

FIGUEREDO.—Voy en el tomo séptimo... lo malo es que ya olvidé seis, Pepinín.

PEPINÍN.—Mejor. Vuelves a empezar, y con una obra solamente tienes lectura nueva para *in eternum*.

FIGUEREDO.—¡Eso sí!...

CECILIA.—Joaquín acaba en sabio.

PEPINÍN.—¡Podía acabar peor, caramba!

CECILIA.—¡Es verdad! Que también tú lo eres.

PEPINÍN.—Un aficionado...

CECILIA.—¡Un académico! ¡Pues así que es poco!

DOÑA MAT.—¿Cuándo ingresas?

PEPINÍN.—Depende del discurso...

DOÑA MAT.—¿Tienes ya tema?

PEPINÍN.—Hace dos meses que lo estoy preparando, porque quisiera demostrar que no fué completamente infundada la amabilidad de mi elección.

FIGUEREDO.—¿De qué tratas?

PEPINÍN.—De algo que considero interesante: Historia pública de las negociaciones secretas del Cardenal Mazarino, y tratados de familia entre las Coronas de Francia, Inglaterra y España para la guerra con Holanda y la extinción de la Roforma.

CECILIA.—¿Ese es el título? ¿Y el discurso va a ser más largo?

PEPINÍN.—Un poco más, sí... ¡lo que me cuesta de estudio y de dinero, visitando Archivos y Bibliotecas para documentarme!

CECILIA.—Tú eres rico.

PEPINÍN.—No estoy a pedir, no... pero al lado vuestro, nada, que vais como la espuma. Y no hablo ya del patrimonio conyugal, sino de tu hucha, que ha de estar muy repleta con esas combinaciones que te traes de esposa comisionista.

CECILIA.—No envidies mi hucha, tío Pepinín...

FIGUEREDO.—Envidia a Lucas, que la saquea.

PEPINÍN.—¡Es un mocito ese, un mocito! Desde que vive solo con su pobre madre ha roto los frenos, y lo mejor que hace es no aparecer por casa.

DOÑA MAT.—¡Pepe, Pepe!

PEPINÍN.—Fué mal viento el que empujó su nombre, porque a mí me pone frenético ese borrachín, ese pendenciero, ese jugador...

DOÑA MAT. ¡¡Pepe!! — (*Levantándose.*)— Harás que me marche.

PEPINÍN.—Ya callo. Todos lo sabéis lo mismo...

FIGUEREDO.—Y algo más.

DOÑA MAT.—¡Joaquín!

PEPINÍN.—Si yo fuera Felipe II o el Inquisidor Torquemada, ya estaba levantando en la Plaza Mayor una hoguerita... ¡pero no lo soy! Bueno, a callar de esto.

## ESCENA III

DICHOS: TERESA, por el foro.

TERESA.—(*Besándola.*) Buenas tardes, mamá... y vosotros.

PEPINÍN.—Buenas, Teresa.

DOÑA MAT.—¿Y tu marido?

TERESA.—Ha de estar ya arriba, en tu casa.

DOÑA MAT.—No. Dije que avisaran.

FIGUEREDO.—Qué, Teresa, ¿os decidís?

CECILIA.—¿A qué?

TERESA.—Las nueve mil pesetas que le tocaron a Antonio en la lotería quiere Joaquín que las invierta en algún negocio.

CECILIA.—Admirablemente, ya lo creo. Y puesto que os brinda, aprovechad la ocasión. ¿Tú se las maneja, verdad, Quín?

FIGUEREDO.—Con mucho gusto.

TERESA.—¿Y si las perdemos?

CECILIA.—Estaríais como antes. Han venido llovidas del cielo y no os resuelven ningún pro-

blema... ¡pues a doblarlas, a tripicarlas! Compra lana.

TERESA.—Creéis vosotros que no resuelven... pero donde no hay más que una paga exigua, se anda siempre con atrasos... y esto viene muy bien para ponerse al corriente y aun para ahorrar un poquito.

CECILIA.—¡No, ahorrar, no! ¡Guardarlo, no! Colócalo donde produzca.

FIGUEREDO.—¿Financiera, eh?

PEPINÍN.—¡Financierísima! No he visto parejo, como dicen los charros.

TERESA.—Lo hemos hablado mucho Antonio y yo... ¡y tampoco se atreve!

FIGUEREDO.—¡Qué cobardes sois!

TERESA. —Puede que sea eso... pero amilana muchísimo un sueldo fijo, y que llega escasamente, cuando los gastos aumentan y suben los precios y crecen los chicos... y puede venir una enfermedad... ¡ay, no, no!

FIGUEREDO.—Cuando uno es joven no se debe pensar en apuros ni en enfermedades... pero vosotros...—y media España—optáis por el sueldo fijo y por la medianía segura antes que arriesgaros unos años en busca de la fortuna... ¡Cobardía, nada más que cobardía!

TERESA.—Tal vez... pero no estoy yo muy persuadida de que tú mismo te aventuraras a un negocio con un dinero llovido del cielo...sabiendo lo poco que llueve así... y después de haber pasado por las angustias de buscar veinte duros... ¡que no aparecen! y con el espanto de empeñarse y verse enredados para toda la vida.

PEPINÍN.—Lo de empeñarse no te sonroje. Es aristocrático e histórico. Isabel la Católica empeñó sus alhajas... y nuestro glorioso Cid Campeador se llevó la palma de los empeños, dejando en prenda una arca vacía. Pudo volver e hizo honor a su palabra... pero si lo matan y no vuelve se anticipa a doña Baldomera, y nos echa un borrón en el Romancero...

CECILIA.—Si tienes miedo, no lo hagas.

TERESA.—Mucho miedo.

## ESCENA IV

DICHOS: JUANA, por el foro.

JUANA.—Señorita Matilde... está arriba el señorito Antonio.

DOÑA MAT.—Que allá vamos.

(*Recoge su labor. Mutis Juana.*)

PEPINÍN.—¿Echamos nuestro bezique dominguero?

DOÑA MAT.—Pues sube. Hasta mañana, eh...

CECILIA.—Hasta mañana, mamá.

*(Cogiéndola de la cintura, sale acompañándola.)*

PEPINÍN.—¿Me dais de cenar?

CECILIA.—Sí.

PEPINÍN.—Bajaré luego.—*(A Matilde.)*—Dispensa que no me invite contigo. El aprecio y el gusto es igual en tu casa, pero la comida es tan distinta...

DOÑA MAT.—Haces bien.

*(Mutis los dos por la derecha.)*

TERESA.—*(Acercándose rápida.)*—Joaquín, ¡Antonio quiere hablar contigo! ¿Puedes ir mañana un momento, a las cinco o las seis?

FIGUEREDO.—Iré. ¿Qué pasa?

TERESA.—Es preciso que os pongais de acuerdo para determinar algo muy seriamente con Lucas. Anteayer le pidió a mamá doscientas pesetas, y como la pobre no las tiene y se excusaba... ¡se puso hecho una fiera, la cogió del hombro zarandeándola... yo los separé...

DOÑA MAT.—*(Dentro.)*—¡¡Teresa!!

TERESA.—¡Voy! ¿Mañana?

(*Mutis por la derecha.*)

FIGUEREDO.—Mañana.

(*Queda un instante meditando, hace un gesto de pena y se pone a leer.*)

## ESCENA V

FIGUEREDO: LUCAS, por el foro.

LUCAS.—¿Se puede?

FIGUEREDO.—Siempre.

LUCAS.—(*Muy afectuoso.*)—Te sorprenderá mi presencia.

FIGUEREDO.—No...

LUCAS.—Como vengo tan poco...

FIGUEREDO.—Tendrás tus razones, lo mismo que tengo yo las mías para no averiguar las ajenas.

LUCAS.—¿Pero sí te figurarás que me trae un motivo poderoso?

FIGUEREDO.—Tampoco. ¿Para qué me voy a meter a figurarme nada, si tú mismo me lo vas a contar?

LUCAS.—No facilitas mucho las explicaciones... ¡pero vamos a ellas porque me urge! Se

trata de un asunto de honor. ¿Quieres servirme, sí o no?

FIGUEREDO.—Sigue hablando... y después ya veremos.

LUCAS.—Necesito antes de las once de la noche treinta y dos mil pesetas.

FIGUEREDO.—En dinero, no, porque está el Banco cerrado; pero en un cheque, sí.

LUCAS.—(*Gozoso.*)—¡Gracias, Joaquín!

FIGUEREDO.—(*Impávido.*)—Aún no hay que darlas, Luquitas.

LUCAS.—(*Quedándose frío.*)—Entendí...

FIGUEREDO.—Has entendido lo que deseas, no lo que he dicho: que las tengo, que las puedo dar... y que a gusto te las daré siempre que sean para algo útil.

LUCAS.—Ya te manifesté que eran para un asunto de honor.

FIGUEREDO.—Con eso yo no me entero lo bastante. Dí más, a ver...

LUCAS.—Anoche he jugado.

FIGUEREDO.—Bueno.

LUCAS.—¡Y he perdido!

FIGUEREDO.—Malo.

LUCAS.—Lo reconozco... ¡y ya me propuse firmemente no volver a tocar una carta! Pero por de pronto es menester pagar.

FIGUEREDO.—Pues paga, sí.

LUCAS.—Tú me las prestas, ¿verdad?

FIGUEREDO.—¡Quiá, hombre! Para eso no tengo disponible ni un real. ¡Me costó muchísimo el ganarlos y sé lo que valen!

LUCAS.—¡Entonces no me queda más salida que la de pegarme un tiro!

FIGUEREDO.—No me parece gran negocio para tí... ni para el otro; pero tú sabrás lo que determinas.

LUCAS.—¿Qué voy a determinar? Eso... o escaparme, porque yo no me presento delante de nadie con la tacha de tramposo.

FIGUEREDO.—De más tramposo ¿eh? que debes al sastre, al zapatero, al...

LUCAS.—Esas no son deudas de honor, y ya cobrarán si algún día me sobra.

FIGUEREDO.—Ya sé qué día. El mismo en que iba a cobrar yo si cometiera la candidez de prestarte algo.

LUCAS.—¡Te juro solemnemente que estoy dispuesto a enmendarme!

FIGUEREDO.—Pues vamos a verlo ahora mismo. No mereces nada, Lueas, Lucas, nada; pero tu madre y tus hermanas merecen mucho... y por ellas no vacilo en ayudarte. ¿Quieres poner una

industria o un comercio? Pago los gastos de la instalación. ¿Quieres trabajar en mi casa? Te señalo un buen sueldo.

LUCAS.—Muchas gracias; pero yo no sirvo para hortera.

FIGUEREDO.—¿Tan bruto eres?

LUCAS.—¡Es que no me da la gana de que me vean aquí los amigos en una tienda!

FIGUEREDO.—Bueno. ¿Quieres marchar de Madrid? Te coloco en el despacho de cualquiera de mis corresponsales.

LUCAS.—Dejando tras de mí el sambenito de la deuda?

FIGUEREDO.—Yo la pago. Me comprometo desde hoy, para hacerla efectiva dentro de un año, en el cual tú demuestres el afán de ganar *y aunque no lo ganes.* Tendrás tu sueldo íntegro para tí, corriendo de mi cargo el pagar. Lo que te exijo únicamente es la prueba de tu voluntad.

LUCAS.— Agradecidísimo por mí; pero no puedo aceptar por el otro, que esas condiciones no son las acostumbradas entre caballeros.

FIGUEREDO.—Pues si eso no se hace entre caballeros, lo que es entre golfos y bandidos no creo tampoco que se prodigue.

LUCAS.—De momento no me sirve nada de

lo que me propones, aunque repito las gracias.

FIGUEREDO.—Y yo te las doy a tí. ¡Me sales mucho más barato!

LUCAS.—Igual. Ya ofreces tú lo que te consta bien que no han de aceptar. ¡Pero cuando un hombre se humilla ante otro suplicándole, y ese otro se halla en situación fácil de salvar el honor de una familia, es increíble el que lo discuta siquiera!

FIGUEREDO.—Para eso, aún falta el que las cosas sean como tú las pintas. ¿De dónde has sacado tú que peligre poco ni mucho el honor de una familia porque alguien de ella se meta a jugar? Todo lo más peligrará la fortuna..., pero no el honor, que es algo muy personal, muy exclusivo de cada uno, y que los demás no pueden echar por tierra, hagan lo que hagan. ¡¡Pues aviados estábamos si mientras yo trabajo y me desvelo tú pudieras ir a jugarte mi honor al seis de copas o al siete de oros!! No, Luquitas, no; si es por la honra nuestra nada más, tranquilízate completamente.

LUCAS.—¿Y la mía? ¿La mía, Joaquín?

FIGUEREDO.—Por la tuya no me intranquilizo yo, que ya cuidarás tú de ella si quieres. Pero no es aquí donde la aventuras.

LUCAS.—¿Que no? ¿Hallas correcto el perder y no pagar? Que esa es la situación en que me coloca tu negativa.

FIGUEREDO.—Pues ya que lo preguntas... ¡ahí te va! Lo tuyo me parece una granujada. Y no ahora, sino antes, cuando te pusiste a jugar lo que no tenías y para ver de llevarte los cuartos del otro sin que tú arriesgaras nada.

LUCAS.—¡Eso no es cierto! Yo arriesgaba otro tanto, que mi palabra lo vale.

FIGUEREDO.—¡En ese caso ya está resuelto el apuro, hombre! Si tu palabra lo vale, que se cobre de ella.

LUCAS.—(*Amenazador.*)—No iremos a las burlas, ¿eh?

FIGUEREDO.—Pues muy en serio. Si en la palabra no se puede cobrar... ¿qué es lo que jugabas tú contra el dinero del otro? ¿Qué es, Luquitas?

LUCAS.—Por eso precisamente va el honor en la palabra.

FIGUEREDO.—¿Y te has jugado el honor? ¡Qué desatino! ¡Es de los buenos, buenos...! De modo que te acercas al tapete verde y dices: «Me juego cien duros...» Admiten la postura... y el ganancioso la recoge y se la lleva. Pero si tú dices: «Me juego mi honor...» ¿Te lo admiti-

rían? ¿No, verdad? Y si hubiera un loco que aceptara un envite semejante... y que te lo ganara..., ¿cómo lo recoge y cómo se lo lleva? Luego es evidente que ni tú ni nadie puede perder lo que ni tú ni nadie se ha podido jugar, y lo que ya de antemano sabemos todos que a ninguno se le admite.

LUCAS.—Eres muy dueño de discurrir como te plazca..., pero yo con teorías no pago.

FIGUEREDO.—Por las señas no vas a pagar con nada. Y, además, estoy ya viendo bastante claro que de esta vez no pierdes tú ni pierdo yo... ¡Pierde el que ha ganado!

LUCAS.—Es posible todo..., pero concluyamos lo nuestro.

FIGUEREDO.—Pues ya lo sabes. Si quieres enmendarte yo te doy la mano; si quieres seguir de vividor, aprovechándote de las ventajas que encuentres por el mundo y sin tomarte la molestia de levantar ninguna carga, como si la vida se compusiera únicamente de diversiones y de días buenos, y contigo no rezaran los días malos, de trabajo y de fatigas... ¡no, para eso no te sirvo!

LUCAS.—Con razón tenía yo miedo de venir a suplicarte.

FIGUEREDO.—Tú le tienes miedo a todo.

LUCAS.—A todo, no.

FIGUEREDO.—A todo. Y lo que te pasa, tu vida entera, no es más que eso, cobardía.

LUCAS.—Tú lo dirás: pero donde hay valientes no me tienen por muy asustadizo...

FIGUEREDO.—¿Porque andas a golpes y porque has tenido un desafío?

LUCAS.—Y los que vengan.

FIGUEREDO.—Ya lo sé: ¿Pero quién te enseñó a ti que sea ese el valor que hace falta para toda la vida? ¿Quién? Ese no puedes aprovecharlo más que un día, y del día los diez minutos de pegarse o de batirse. ¿Y el resto? Los infinitos días y las infinitas horas de una existencia..., ¿no necesitan también su valor para trabajar, para sufrir, para divertirse..., para todo lo que una vida trae consigo? Y todo eso a tí te acobarda.

LUCAS.—No sé cuándo lo has podido observar.

FIGUEREDO.—Pues te lo voy a decir. Eres pobre... y le tienes miedo a la pobreza. Necesitas trabajar... y le tienes miedo al trabajo. No puedes sostenerte lo alto que tú quisieras socialmente... y tienes miedo y falsa vergüenza de que te vean descender ni un escalón. Sueñas con lujos, con derrochar y vivir a lo grande... y te acomo-

das a vivir a lo pobre porque te falta coraje para luchar y le tienes miedo a la fatiga y a la constancia con que se logra la riqueza. ¡Tanto miedo a todo, que por lo único que deseas verdaderamente no te decides a dar siquiera una gota de sangre o una gota de sudor! Y por eso te digo yo que eres cobarde, aunque los demás te digan que eres muy bravo a golpes y a estocadas.

LUCAS.—Eso es otra cosa muy diferente.

FIGUEREDO.—Será...

LUCAS.—Y sobre todo que no resuelve el objeto mío de ahora.—(*Suplicándole.*)—Por última vez, Joaquín...

FIGUEREDO.—Por última vez, Luquitas. Queriendo ser un hombre, sí; queriendo seguir de muñeco, no.

LUCAS.—(*Secamente.*)—Buenas tardes.

(*Mutis por el foro.*)

FIGUEREDO.—(*Encogiéndose de hombros.*)—Buenas tardes.

(*Coge de nuevo su libro.*)

## ESCENA VI

FIGUEREDO: CECILIA, por la izquierda, después de una pausa.

CECILIA.—¿Era Luquitas? Cuando antes venía

me pareció su voz... y por lo mismo no quise importunaros. ¿Ha hecho alguna de las suyas?

FIGUEREDO.—Sí...

CECILIA.—¿Escándalo... o juerga?

FIGUEREDO.—Peor.

CECILIA.—¿Ha vuelto a jugar?

FIGUEREDO.—¿Y cuándo lo dejará?

CECILIA.—¡Me juró solemnemente que no volvería!

FIGUEREDO.—Le cuesta poco mentir. La hucha tuya ha de estar bien enterada del precio de sus juramentos... sólo que ahora no le llegan esas pequeñeces y tuvo que acudir a mí para la nueva hazaña. Anoche perdió treinta y dos mil pesetas.

CECILIA.—(*Riendo.*)—¡No lo creas! ¿De dónde las iba a perder?

FIGUEREDO.—Jugando por su palabra. Y ahora tiene sobre las costillas lo que los hombres de bien llaman una granujada, y entre jugadores se llama una deuda de honor.

CECILIA.—(*Pausa.*)—Pero Lucas no puede de ninguna manera satisfacer una cantidad así...

FIGUEREDO.—No.

CECILIA.—¿Habrá venido a pedírtelas?

FIGUEREDO.—Sí.

CECILIA.—¿Y tú qué has hecho?

FIGUEREDO.—(*Pausa.*) —¿Qué hubieras hecho tú?

CECILIA.—Yo... — (*Pausa. Titubeando.*) — Yo... negárselas.—(*Con firmeza.*)—¡¡Si, negárselas!! ¡¡Para eso, negárselas!!

FIGUEREDO.—También yo se las he negado. ¡No sospechabas tú seguramente lo que me iba en tu respuesta! Pues iba nada menos que el convencerme de si pensamos igual o si estábamos aún muy distantes en ideas.

CECILIA.—Ya lo ves. Pensamos igual.

FIGUEREDO.—¡¡No es nada eso!! Es el quererse, es el tener confianza uno en otro, es... ¡bueno!, es más cosas, sólo que no me salen ahora.

CECILIA.—Basta con pensarlas.

FIGUEREDO.—Basta, sí. Pero ¡caray! también es duro que un hombre tenga la persuasión de que se porta como debe portarse... y, sin embargo, ande buscando el parecer de otros.

CECILIA.—Lo contrario sería soberbia.

FIGUEREDO.—Si es un mérito que tengo... me consuela. Y para que juzgues ya del todo mi conducta, oye lo que le propuse: pagar yo la trampa con la sola condición de verlo a él trabajar un año... y ganando además un sueldo, ¿eh?

CECILIA.—Eso no es para juzgarte; es para adorarte.

FIGUEREDO.—¡Y no quiso!

CECILIA.—Pues tú hiciste más, inmensamente más de lo que debías. Me duele que sea mi hermano así...—¿cómo no me iba a doler?...—pero comprendo que no hay esperanza de que se corrija.

FIGUEREDO.—De empeorar la hay. ¿Cuántos días van desde que le puso la mano encima a tu madre?

CECILIA.—¡¡Pegarla!!

FIGUEREDO.—A pegar no llegó... porque se interpuso tu hermana. Pero todo se andará, que el mocito es abonado. ¡Y el crimen era que le negaban doscientas pesetas!

CECILIA.—¿Y aún quieres que juzgue entre él y tú? No hay comparación; pero si la hubiera, tampoco dudaría.

FIGUEREDO.—Así somos tan felices... ¡que se fueron cinco años de casados sin saber cómo! Y dicen que los primeros son los peores... Conque... ¡prepárate! A no ser que ya estés preparada...

CECILIA.—Tú me enseñaste lo sencillísima que es la paz en el matrimonio. Un poco de buena

voluntad, un poco de confianza y otro poco de estimación. Con esos tres pocos se hace un mucho de amor.

FIGUEREDO.—¿Todo eso lo dije yo?

CECILIA.—Todo.

FIGUEREDO.—¡Pues creo que enseñé más de lo que sabía!... Hoy me están saliendo muchos méritos que no sospechaba siquiera... ¡Pero me gustan, me gustan!

CECILIA.—Y a mí. Tú sabes que te quiero.

FIGUEREDO.—Ya es algo.

CECILIA.—Que soy dichosa contigo.

FIGUEREDO.—Ya es mucho.

CECILIA.—Y que confío en tí ciegamente.

FIGUEREDO.—Eso ya lo es todo. Y verás cómo nos sobra felicidad para nosotros... y aun para dejarles algo a esos tres cachorretes que duermen ahí... ¡y a los treinta que aguardo todavía!

CECILIA.—(*Entre espantada y agradecida.*)—¡¡Jesús!!

FIGUEREDO.—¿De qué te espantas? Ya te consta que mi programa—el programa que debía tener la Humanidad, hombres y mujeres—no se compone de poco en nada, sino de mucho en todo. Mucha salud, mucho dinero, mucho traba-

jo, muchas diversiones y muchos hijos. Tener grandes energías... y gastarlas con largueza, que yo no transijo con los roñosos para nada, y menos con los roñosos de su propia vida, que Dios nos la da para gastarla, y no para irse con ella sin gastar al otro mundo, y sin que podamos decir que verdaderamente se ha vivido.

CECILIA.—Es verdad.

FIGUEREDO.—¿Es verdad? ¡Pues a los treinta, Cecilia!

CECILIA.—¡Quita de ahí!

FIGUEREDO.—(*Riéndose.*)—¿Por qué?

## ESCENA VII

DICHOS: PEPINÍN, por el foro.

PEPINÍN.—¿Os peleais?

FIGUEREDO.—¡¡Al contrario!!

PEPINÍN.—Lo celebro, muchachos, lo celebro, porque ahora escapo de una tragedia y no querría encontrarme en otra.

CECILIA.—¿No bajas de casa de mamá?

PEPINÍN.—Pero allí queda lo trágico en forma de Luquitas.

FIGUEREDO.—¿Luquitas?

(*Se encoge de hombros desdeñoso y mutis por la derecha.*)

PEPINÍN.—¿No le da importancia? Pues la tiene ¡y enorme! La abdicación de Carlos V, sus funerales en vida, el emplazamiento de Fernando IV...

CECILIA.—Bueno, bueno...

PEPINÍN.—Bueno. Pues entró Lucas como un torbellino, y sin saludar y sin nada, nos dice: «¡¡Soy el hombre más desgraciado de la tierra!!» A mí no me convencen los hombres desgraciados en alta voz: siempre tienen un dejo de farsantes... aunque sean muy verídicos.

CECILIA.—¡No deduzcas, tío Pepinín, no deduzcas!

PEPINÍN.—Voy directamente. Esa fué la primera andanada, que es regular, y la segunda con más pólvora todavía: «¡¡Hoy me pego un tiro!!» Comprenderás que no se lo pega—desgraciadamente—pero comprenderás también el disgustazo que se tomó la bobalicona de tu madre.

CECILIA.—Comprendo... comprendo.

PEPINÍN.—Y como el angelito ese, con tal de lograr su objeto, es muy capaz de sacar una pistola para que el sablazo sea mayor... y yo no puedo intranquilizarme estos días, que el discurso requiere toda mi reflexión, salí huyendo de la quema... ¡y aquí estoy a ver si hay paz aquí!

CECILIA.—Siempre.

PEPINÍN.—(*Sentándose cómodamente.*)—¡Bendita sea!, que yo no puedo desasosegarme en estas circunstancias, no puedo.

## ESCENA VIII

DICHOS: DOÑA MATILDE, por el foro.

DOÑA MAT.—(*Entrando rápida.*)—Es menester que hablemos inmediatamente, Cecilia.

PEPINÍN.—(*Que se levantó como un rayo.*)—¡¡Y detrás vendrá el otro con el pan, pun, pun!! ¡A mí no me dan el tiro ni por equivocación! ¡Vaya, adiós!

(*Mutis por el foro.*)

DOÑA MAT.—¿Estás enterada, verdad? Muy bien que tu marido no le auxilie... Nos atendió ya demasiadas veces, y si de ésta se ha cansado... o la considera excesiva... nada tengo que replicar. Sentirlo y callarme.

CECILIA.—No se niega por cansancio ni por abuso, sino...

DOÑA MAT.—*Cortando secamente.*) — Bien, bien. Tampoco es censurable que tú no quieras ponerte de frente si has visto la imposibilidad de lograrlo. No puede nadie pretender juiciosa-

mente que rompas la buena armonía con tu marido por esta insignificancia.

CECILIA.—No es eso, mamá... es que yo pienso como Joaquín que...

DOÑA MAT.—*(Cortando.)*—Su dinero es suyo, y se explica muy bien que tú opines como él respecto de su dinero.

CECILIA.—*(Respetuosa siempre, pero sentida.)* —No eres justa conmigo, mamá, que siempre hablé a favor vuestro.

DOÑA MAT.—¿Vas a echarme en cara tus favores?

CECILIA.—¡¡Dios me libre!!

DOÑA MAT.—Y dejemos ya lo vuestro, que no he bajado con esa intención.

CECILIA.—Vienes muy dolida...

DOÑA MAT.—¡Y cómo quieres que venga, sino dolida y espantada!

CECILIA.—¿Pero por qué te asustas de ese modo? ¿No conoces a Lucas? Y si aún fuese la primera vez, podíamos figurarnos que se trataba de un mal momento... ¡pero van tantas, tantas! Siempre con las mismas amenazas y después siempre con las mismas protestas de enmendarse, para volver inmediatamente a las andadas. ¿No lo conoces todavía, mamá?

DOÑA MAT.—¡Lo de ayer ha sido una desgracia muy grande!

CECILIA.—Y lo de los otros días... ¿qué es? Nos saquea a tí... y a mí... Y hasta la infeliz Teresa se halla agobiada con sus peticiones. ¿No lo sabes? Al poco tiempo de mi boda se rescataron las alhajas... ¡y ya no llevas una! En la casa no veo un candelabro ni una bandeja... ¡y yo sé adónde han ido, mamá, yo lo sé! Y lo sabe Nunú, que a ciegas iría por ese camino, de tanto como lo anduvo.

DOÑA MAT.—¡Eres muy severa con el pobre Luquitas! No te haces cargo de que un hombre ha de gastar un poco...

CECILIA.—¡Pero si le das cuanto tienes... y además lo que te quita!

DOÑA MAT.—No hablemos de lo pasado, que ya me prometió que nunca más reincidiría si lo salvo de ésta.

CECILIA.—Una vez más ha jurado...

DOÑA MAT.—Ahora va muy de veras, que esto le ha llegado al alma. Mira, Cecilia, traigo ya el consentimiento de Teresa y vengo a pedir el tuyo para vender... o hipotecar... o como se diga eso... ¡para reunir el dinero necesario!

CECILIA.—Pero mamá... ¿no recuerdas que lo

pusimos en el Banco, precisamente a raíz de una trastada que te obligó a vender un poco de papel?

DOÑA MAT.—¡Sí. sí...!

CECILIA.—¿Y que para evitar otras se hizo el depósito en forma de que no se pudiera ya sacar sin la anuencia de los cuatro, y en previsión de que tu bondad se dejara convencer de nuevo y a los cuatro nos arruinase?

DOÑA MAT.—Por lo mismo que lo sé vengo ahora a solicitarte, que habiendo modo de manejarme yo sola estaría ya hecho con lo mío... no con lo vuestro.

CECILIA.—Todo es tuyo. ¿A qué vienen aquí esos distingos? Pero tú misma le has suplicado entonces a Joaquín que buscara un buen notario que redactase la escritura sujetándonos a todos... ¿y no comprendes que si ahora cedemos se va por el suelo de un soplo nuestra previsión de antes, y es como si nunca hubiéramos asegurado nada?

DOÑA MAT.—Tienes razón... pero Lucas está como loco. ¡Y hace un disparate, lo hace! ¡Ni pensarlo, Cecilia, ni pensarlo! Hoy solicitará un nuevo plazo de veinticuatro horas y mañana temprano lo arreglaremos.

CECILIA.—Yo, no...

DOÑA MAT.—¿No? ¿No qué, Cecilia? ¿Es que rehuyes darnos tu firma? ¿Es eso, Cecilia?

CECILIA. Yo no puedo...

DOÑA MAT.—Pues tu hermana bien la concede, sacrificando lo suyo, mientras que tú nada sacrificas de tu comodidad ni de tus lujos.

CECILIA.—Es cierto. Y por lo mismo que no he de perjudicarme, ya que Joaquín no admitió jamás ni un céntimo de lo que pudiera corresponderme, por lo mismo, estoy en más libertad para no consentir esa locura.

DOÑA MAT.—Es raro, Cecilia, es raro... La hermana pobre accede y firma: la hermana opulenta defiende unos céntimos... ¡es rarísimo, Cecilia!

CECILIA.—¡No digas eso, madre!

(*Sentándose desconsolada.*)

DOÑA MAT.—Bien poco es... Podía decir que era despego, indiferencia, falta de cariño para con tu madre, que sufre... y te digo solamente que es raro. ¡Bien poco es, Cecilia!

CECILIA.—Pero tú no puedes suponer...—¡ni suponer siquiera!—que yo sea egoísta.

DOÑA MAT.—No te lo llamo... no... pero ojalá que no te pase a tí nunca con uno de los tu-

yos lo que me pasa a mí ahora con el mío.

CECILIA.—¡Qué horror!

DOÑA MAT.—¿Sería tan inverosímil que le sucediera a otra lo que ya le está sucediendo a una? ¿Los querrás tú con mayor pasión? ¿Los educarás tú con mayor cuidado? Y si a pesar de todo, la fatalidad los tuerce para el mal... ¡veríamos entonces lo que llamabas tú a la hermana rica que se negara a salvártelo! ¡¡Veríamos!!

CECILIA.—(*Levantándose.*)—¡No, madre, no me niego! ¡¡Lo que tú digas, lo que tú quieras, lo que tú mandes!!

DOÑA MAT.—Yo te lo suplico únicamente... ¿Firmarás?

CECILIA.—¡Ahora mismo! o cuando sea... ¡sí, madre, sí!

DOÑA MAT.—Ven acá... ven...—(*Atrayéndola y en voz baja y al oído.*)—Cecilia... Cecilia... ¿piensas tú que no sé que es un canalla?

CECILIA.—(*Separándose bruscamente.*)—¡¡No!!

DOÑA MAT.—Chis...—(*Volviendo a cogerla y hablando igual.*)—¿Piensas tú que no lo sé? ¡Pues lo sé! Pero es mi hijo y... y se acabó la razón... ¡¡Es mi hijo!!

CECILIA.—(*Abrazándola con alma.*)—¡Sí, madre, sí!

(*Pausa abrazadas.*)

DOÑA MAT.—(*Separándola pero cogiéndola de las dos manos.*)—Hay que salvarlo aun a sabiendas de que no lo merece y de que volverá a reincidir. ¡¡Aun a sabiendas!!

CECILIA.—¡Dispón de mí!

DOÑA MAT.—Gracias, gracias...

## ESCENA IX

DICHAS: FIGUEREDO, por la derecha. *Una pausa,* tratando de leer en los semblantes lo ocurrido.

CECILIA.—(*Esquivando la mirada.*)—Joaquín... Mamá desea vender la parte de papel necesaria para lo de Lucas... y tiene la conformidad de todos.

FIGUEREDO.—¿De todos?

DOÑA MAT.—De todos.

FIGUEREDO.—Por consecuencia, también la tuya, Cecilia.

DOÑA MAT.—También.

FIGUEREDO.—Dilo tú. No le tengas miedo a las palabras cuando no se lo tengas a los hechos. Dilo.

CECILIA.—También la mía. Y te ruego encarecidamente que otorgues tu licencia para mi firma.

FIGUEREDO.—*(Con dulzura.)* —¿Tan pronto se hizo añicos tu voluntad, Cecilia? ¡¡Tan pronto!!... Hace diez minutos que estábamos de acuerdo en que la vida tiene sus horas malas, y en que no debía uno resignarse y entregarse, sino pelear y vencerlas. De acuerdo, sí..., pero en la primera dificultad se fué tu convencimiento como se va el humo... ¡por el aire, muy ligero y sabe Dios a dónde!

CECILIA.—Perdóname, Joaquín...

DOÑA MAT.—Su intención era negarse... ¡y ya se negó!, pero después tuvo lástima de mí. No la riñas...

FIGUEREDO.—No. ¡¡Bueno!! Ya sé yo lo que ustedes quieren: ahora voy a ver si ustedes lo saben tambien.

DOÑA MAT.—Está muy claro....

FIGUEREDO.—No importa. Procuraremos que claree un poco más. Lo que se salvó de la herencia... y lo que se salvó de Luquitas, fueron veinticinco mil duros. Descontando seis de ahora, quedan diez y nueve..., que son de renta... cincuenta duros al mes. ¿Sabía usted eso?

DOÑA MAT.—Poco más o menos ya sabía que no era nada.

CECILIA.—Que se lo dejamos íntegro.

FIGUEREDO.—Tú, sí... y yo lo apruebo. Pero Lucas no deja, sino que se lleva, y tu hermana Teresa, santo y bueno que lo dejara mientras era para su madre, pero siendo para juergas... y para otras cosas... no debe consentirlo, sobre todo porque ahora ya no es la renta lo que se evapora, sino el capital.

DOÑA MAT.—Es verdad...

FIGUEREDO.—El tercio de cincuenta son... diez y seis..., quedan treinta y tres duros mensuales. ¿Sabías tú eso? ¿Podrá mantenerse y pagar la casa y la luz... y todo? Contesta.

CECILIA.—Imposible.

FIGUEREDO.—Y eso hoy; mañana ni eso. Porque si depositado el dinero, aún encuentra modo de llevárselo... ¡calculen ustedes lo que va a durar si dispone a su capricho! Y como no podemos confiarnos en que usted lo defienda, porque se le ablandan las entrañas...

DOÑA MAT.—¿No es natural, Joaquín?

FIGUEREDO.—¡Pues derecha a la ruina! ¿A eso quieres llevar a tu madre? ¿Y después? ¿Después, qué? ¿A un asilo?

CECILIA.—¡¡Tendrá mi casa!!

FIGUEREDO.—¿De pariente pobre? ¿De limosna?

CECILIA.—¡Joaquín! ¡Joaquín!

FIGUEREDO.—No le tengas miedo a las palabras, Cecilia, no le tengas miedo... que no son ellas las que causan hoy el daño.

DOÑA MAT.—Por desdicha, lleva razón de sobra tu marido.

FIGUEREDO.—Viniendo por su gusto, como en cien ocasiones se lo hemos rogado, ella misma se encontraría igual que en su propia casa; pero viniendo por necesidad... ¡lo dudo, lo dudo! Si a mí me recogiera mi consuegro... ¡claro que se le estimaba en el alma!; pero, ¡caray! había de morderme los puños de rabia muchas veces. ¡Y si usted no se los muerde, será usted de otra pasta!

DOÑA MAT.—Tienes razón, tienes razón...

FIGUEREDO.—¿Y tú contribuyes tan resuelta y tan decidida a que tu madre llegue a eso, pudiéndolo evitar sólo con un momento de energía? No me lo explico en ti, Cecilia, no me lo explico...

CECILIA.—No seas cruel, Joaquín.

FIGUEREDO.—¡¡Y que llegue por un perdido y por un vicioso!!, tampoco lo comprendo en usted, señora.

DOÑA MAT.—Soy su madre...

FIGUEREDO.—¿Y de los otros no es usted pariente?

DOÑA MAT.—Los otros son buenos y no hay que velar por ellos, afortunadamente.

FIGUEREDO.—¡Esa sí que es justicia! ¡Caray y recaray! ¿Amolar a los buenos para que sigan los malos siendo malos y riéndose de los buenos?... ¡Pues no, señora, no! ¡Usted arruínese si le da la gana, que en la ceguera de madre lleva usted una hermosísima disculpa!... ¡pero arruínese usted, solamente usted, y no arruine a su hija, a la pobre Teresa, que para eso no tiene usted derecho!

DOÑA MAT.—¡Pero el caso es tan horrible y tan urgente...!

FIGUEREDO.—Pongamos que sí. ¿Y qué? ¿Qué puede pasar? ¿Que de verdad se pegue un balazo y desaparezca un pillo del mundo? ¿Eso? Pues eso va ganando el mundo.

DOÑA MAT.—El mundo... quizás. ¡Yo, no!

FIGUEREDO.—Usted más que todos. Yo no sé bien hasta qué punto hay obligación moral para una familia con un hijo que ya se llevó los cuartos que le correspondían, y que después fracasa honradamente en sus negocios o en su profesión... no lo sé... Yo haria cuanto pudiera por

cariño y sin creerme en obligación de nada. ¡Pero exigir que medre un pillo a costa de los honrados, quitándoles su capital y colocándolos, por consiguiente, en peores condiciones para la lucha por su propia vida... no... eso, no! ¡Ni es, ni debe ser, ni puede estar en la conciencia de nadie el pedirle a toda una familia que se hunda para seguir sosteniendo los vicios de un malvado!

DOÑA MAT.—Yo no lo abandono mientras haya un medio de salvarle...

FIGUEREDO.—Usted sabrá lo que hace, pero yo no doy el consentimiento para la firma de mi mujer.

CECILIA.—¡¡Joaquín!!

FIGUEREDO.—No lo doy.

DOÑA MAT.—Reflexiona que para vosotros es una miseria...

FIGUEREDO.—Miseria aún sería algo... poquísimo, pero algo, y esto para mí no es nada, absolutamente nada, porque jamás he cobrado ni pienso cobrar jamás de ello. ¡De modo que al interés mío ya le podemos dar una patada! Pero ahora no me defiendo a mí, ni siquiera a Cecilia... ¡las defiendo a ustedes solamente!

DOÑA MAT.—¿Contra Lucas?...

FIGUEREDO.—No. Contra usted misma, que es su peor enemigo.

DOÑA MAT.—¡Pero yo no quiero!

FIGUEREDO.—Aunque usted no quiera. Es mi deber de hombre y de jefe de la casa el ampararlas, y las amparo contra todo, incluso contra ustedes mismas. Ese capital entero aún da algo... pero dividido y repartido ya no es nada. ¡No se puede tocar al capital... no se puede... y no se puede! Ya está dicho.

DOÑA MAT.—Tienes razón en todo... en lo de la ruina, en lo de los hermanos... ¡en todo, Joaquín, en todo!... pero no me diste una razón todavía para que una madre deje sin salvar a un hijo.

FIGUEREDO.—¡Que es un vicioso!

DOÑA MAT.—Sí..., pero es mi hijo.

FIGUEREDO.—¡Que es un malvado!

DOÑA MAT.—Pero es mi hijo...

FIGUEREDO.—¡Y que es hasta un criminal, arruinándolos a todos y martirizándola a usted!

DOÑA MAT.—Pero es mi hijo...—(*Suplicándole.*)—¡Joaquín! ¡¡Joaquín!!

FIGUEREDO.—No. Por usted misma lo primero.

DOÑA MAT.—¡Bien! Entonces voy a pedir que

me presten... a vender los muebles... a... ¡no sé, no sé!

FIGUEREDO.—¿Qué va usted a hacer, doña Matilde?

DOÑA MAT.—No sé lo que voy a hacer... pero sé lo que no puedo deshacer; que Lucas deje de ser mi hijo... ¡y eso me basta para todo lo que haga!

(*Marcha.*)

FIGUEREDO.—¡No sea usted loca!

DOÑA MAT.—Es mi hijo...

FIGUEREDO.—¡Que será la desgracia de usted...!

DOÑA MAT.—Si... pero es mi hijo... es mi hijo...

(*Mutis por el foro.*)

## ESCENA X

CECILIA y FIGUEREDO.

CECILIA.—Joaquin... Te lo suplico yo también... y lo que no tengas inclinación de hacer por mi hermano hazlo por mamá y por mí.

FIGUEREDO.—¡Entonces iríamos al triunfo de los pillos! Ya cuentan con ello, ya. Con la apatía, unas veces, con la debilidad, otras, y con el

buen corazón muchísimas. Han de ser perdonados al fin... ¡y vengan canalladas!

CECILIA.—Pero yo sufro... y mamá se angustia horriblemente. ¿No lo ves, Joaquin, no lo ves?

FIGUEREDO.—Sería en mí una bondad mal entendida.

CECILIA.—(*Cogiéndole cariñoso.*)—Ten compasión de nosotras...

FIGUEREDO.—No puede ser... no puede ser...

CECILIA.—No te pido nada para él... ni vuelvas a hablarlo nunca... ¡pero mamá, Joaquin, mamá!

FIGUEREDO.—Si viene a ser lo mismo... ¿no lo comprendes? La cuestión es lograr el dinero... ¡Que sea por ti, por tu madre o por el diablo! ¿qué más le da a Lucas?

CECILIA.—Es la primera vez que te pido así... ¡no me lo niegues!

FIGUEREDO.—Te suplico yo a ti que no insistas de esa manera y que no me fuerces a ir contra la razón, que vosotras mismas reconocéis.

CECILIA.—(*Apartándose ofendida.*)—No, yo no veo la razón de negarles a unos el favor para que ni indirectamente resulte favorecido el otro... y en cambio, no preocuparte de causar un mal a

Lucas, sabiendo que de rechazo le causas un mal enorme a mi madre. ¡No la veo!

FIGUEREDO.—Un daño de momento y mucho menor.

CECILIA.—Yo no veo la razón de que le impidas tú disponer de su dinero, que es de ella y no tuyo, y puede tirarlo si le da la gana. ¡No la veo!

FIGUEREDO.—Pero si es para protegerla a ella misma, Cecilia...

CECILIA.—Y si no quiere ya que la protejas, ¿vas a seguir a la fuerza tu protección? ¿Para qué, Joaquín, para qué? ¿Para demostrar la firmeza de tus ideas? Pues demuéstrala con otros, que mi madre no quiere servirte de experimento.

FIGUEREDO.—¡Cecilia... Cecilia!

CECILIA.—Y la verdadera razón ya la sé. Es que a tí no te duele como a nosotras... ¡Claro! ni tiene por qué... Después de todo no es de los tuyos, ni de tu sangre, ni de tu raza, y tú no comprendes ciertas...

FIGUEREDO.—(*Gritando.*)--¡¡Calla!!- (*Volviendo al tono afectuoso.*)—Calla... te lo ruego. No quiero saber a dónde iría a parar tu pensamiento, ni qué bondad, qué sacrificio... o qué delicadeza sería yo incapaz de comprender por mi

sangre y por mi raza... ¡no quiero! ¡resueltamente no quiero! Llevabas el camino de poner una piedra muy grande entre nosotros y separarnos quizás mucho..., ¡Por una cuestión que al fin y al cabo no es tuya ni mía, no vale la pena de arriesgar tanto! ¡No vale la pena! Y como gracias a Dios puedo permitirme algunos lujos... te compro esas palabras que aún no has dicho.

CECILIA.—(*Sorprendida.*)—¿Que me compras las palabras...?

FIGUEREDO.—Sí, te las compro. Porque las olvides, si andan todavía en tu imaginación... ¡¡porque las tritures y las masques y las escupas!!..., si están ya en la boca..., por eso... te pago treinta y dos mil pesetas. ¿Aceptas?

CECILIA.—(*Alegre.*)—¿Para lo que yo disponga?

FIGUEREDO.—Para lo que tú dispongas, sí. ¿Aceptas?

CECILIA.—(*Abrazándole.*)—¡Gracias, Joaquín, gracias!

FIGUEREDO.—(*Apartándolo sonriente.*)—Dispénsame un momento. Es día de pago y he de atender a la caja...

(*Saca de la mesa el talonario y extiende el cheque.*)

CECILIA.—Antes debí expresarme mal...

FIGUEREDO.—Seguramente fué eso...

CECILIA.—No quise decirte nada que te ofendiera...

FIGUEREDO.—Y nada has dicho...

CECILIA.—En lo de Lucas yo pensaba y pienso como tú, pero también he variado, porque...

FIGUEREDO.—Yo no varié absolutamente nada, Cecilia. Sigo creyendo que cometeríais una torpeza al retirar y dividir ese capital, que yo no debo autorizarlo por vuestro bien... ¡y no lo autorizo!: pero independientemente de ello puedo tirar mi dinero a la calle. Es por tí... ¡va bien tirado!

CECILIA.—Mamá sufre tanto...

FIGUEREDO.—Pues sufrirá más aún. Y de lo que sufra te ha de remorder a tí algún día la conciencia, por haber sido débil..., que hoy pasaba un disgusto muy grande..., ¡pero uno sólo!, en lugar de los infinitos que la esperan.

CECILIA.—Tiene el espanto de que cumpla su amenaza y se mate.

FIGUEREDO.—No se matará... Si quiere salvarse dignamente, ya le dí yo la solución honrada y fácil... Y si optara por matarse, el que puede vivir con decoro, entonces... ¡entonces es que te

engañas tú mucho en... en lo que no has dicho de la sangre y de la raza... y en lo que yo no comprendería ni aun diciéndomelo tú muy claro!

CECILIA.—¡¡Joaquín!!

FIGUEREDO.—Pero tiene ya el dinero. No os preocupéis..., hasta otra.

CECILIA.—¿Hasta otra?

FIGUEREDO.—Indudablemente. Ahí va el talón a tu nombre.

CECILIA.—¿Tan mal haré, Joaquín?

FIGUEREDO.—(*Empujándola suavemente.*) — Anda, sube y consuela a tu madre.

CECILIA.—Pero ¿tan mal haré?...

FIGUEREDO.—No. Tú no haces mal defendiendo y amparando a tu madre. ¡Soy yo quien hace mal, somos todos los hombres honrados los que hacemos mal perdonando a los pillos, que se aprovechan al vernos siempre acobardados, como ahora yo lo estoy..., ¡que hasta los hombres más valerosos en lo grande le tenemos miedo a lo pequeño, a una pelea de familia o a una lágrima de mujer!

CECILIA.—¡¡Perdóname, Joaquín!!

FIGUEREDO.—Y busca tú quien me perdone a mí, ya que, sabiéndolo, soy uno más a tolerarlo, que si cumpliéramos nuestro deber, los pillos

serían exterminados. Por muchas y muy provechosas que sean sus rapiñas, los granujas no viven de sus granujadas, no... ¡¡viven de nuestras cobardías!!—(*Con asco.*)—¡¡Ah!!... Sube, sube...

(*La empuja para que se vaya, y ella marcha hacia el foro. Figueredo se queda con su gesto de asco...*)

TELÓN

# OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

## EN TRES ACTOS

*Aire de fuera*, estrenada en el teatro Español.
*María Victoria*, estrenada en el teatro Español.
*La estirpe de Júpiter*, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.
*La Divina palabra*, estrenada en el teatro de la Comedia.
*Añoranzas*, estrenada en el teatro Español.
*El Caballero lobo*, estrenada en el teatro Español.
*La fuente amarga*, estrenada en el teatro de la Princesa.
*La raza*, estrenada en el teatro de la Princesa.
*Lady Godiva*, estrenada en el teatro Español.
*Doña Desdenes*, estrenada en el teatro de la Princesa.
*El Cardenal*, (en colaboración con don Federico. Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.
*La fuerza del mal*, estrenada en el teatro de la Princesa.
*La espuma del champagne*, estrenada en el teatro de Eslava.
*Toninadas*, estrenada en el teatro Español.
*Las zarzas del camino*, estrenada en el teatro Lara

*El Conde de Valmoreda*, (inspirado en una idea de Tolstoï), estrenada en el teatro Odeón.

## EN DOS ACTOS

*El abolengo*, estrenada en el teatro Lara.
*La Cizaña*, estrenada en el teatro Lara.
*El ídolo*, en tres actos y refundido en dos, estrenada en el teatro Español.
*Bodas de plata*, estrenada en el teatro Lara.
*El mismo amor*, estrenada en el teatro Lara.
*Nido de águilas*, estrenada en el teatro Lara.
*El buen demonio*, estrenada en el teatro Lara.
*Flor de los pazos*, estrenada en el teatro Lara.
*Camino adelante*, estrenada en el teatro Cervantes.
*Como buitres*, estrenada en el teatro Cervantes.
*La garra*, estrenada en el teatro de la Princesa.
*Fantasmas*, estrenada en el teatro Lara.
*Como hormigas*, estrenada en el teatro Lara.
*En cuerpo y alma*, estrenada en el teatro Infanta Isabel.
*Cobardías*, (5.ª edición), estrenada en el teatro Lara.

## EN UN ACTO

*Porque sí*, estrenada en el teatro Español.
*Lo posible*, estrenada en el teatro Lara.
*En cuarto creciente*, estrenada en el teatro Lara.
*Cuando ellas quieren*, estrenada en el Salón Regio.
*Lo que engaña la verdad*, estrenada en el Español.
*Clavito*, estrenada en el teatro Cervantes.
*La razón de la sin razón*, estrenada en el teatro de la Comedia.

*El Señor Sócrates,* estrenada en el teatro Lara.
*El milagro,* estrenada en el teatro Lara.
*Cada uno a lo suyo,* estrenada en el teatro Lara.

## ZARZUELAS

*La viuda alegre,* (en colaboración con don Federico Reparaz), música de Franz Lehar, estrenada en el teatro Price.
*La fragua de Vulcano,* música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.
*Cuando ellas quieren,* música de Calleja, estrenada en el teatro Cómico.
*La magia de la vida,* música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.
*Sangre roja,* música de Vives, estrenada en el teatro de Apolo.
*Santos e Meigas,* música de Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.

